

LOS POBRES DE BARCELONA.

Drama en seis Cuadros y un Prólogo, original y en prosa, de D. Rafael del Castillo, *estrenado con estraordinario aplauso la noche del* 6 *marzo* 1865, *en el Teatro de* Romea, *en Barcelona.*

Al Ateneo Catalan de la clase obrera.

La favorable acogida que ha merecido la novela que con idéntico título estoy publicando y que está dedicada tambien á ese **Ateneo**, *me impulsan á hacer lo mismo con el Drama.*

Si el **Ateneo Catalan** *lo aceptase se habrán visto doblemente satisfechos los deseos de*

Rafael del Castillo.

PERSONAJES.

Amalia.	Tomás.
Clara.	Pedro.
Dolores.	Roque.
Lucia.	Inspector.
Antonio.	Caballero 1.°
Enrique.	Serenos 1.° y 2.°
Feliz.	Obreros 1.° y 2.°
Ricardo.	Un criado.
García.	Obreros, Serenos y Caballeros.

La escena es en nuestros dias.

PROLOGO.

La escena se halla dividida: á la derecha casa rica y á la izquierda pobre, dejando practicable entre ambas la calle. En la habitacion rica, puerta al foro que dá á los salones, y una lateral á la izquierda con reja á la derecha que dá á la calle. Muebles de lujo. En la pobre, ventana al foro, puerta á la izquierda que dá á la calle y dos á la derecha que comunican con el interior: muebles pobres, en el último término un armario de cajones.

Es de noche. Al levantarse el telon aparecen en la habitacion rica Feliz, vestido de etiqueta y Enrique con el uniforme de teniente de navío, ambos están sentados.

ESCENA PRIMERA.

Feliz y Enrique.

Fel. Pero hombre, es posible que no puedas consagrarme toda la noche?

Enr. Ya te he dicho que me esperan á bordo, y quizá antes de la madrugada nos demos á la vela.

Fel. Cáspita! Qué vida! No poder sosegar un momento, y verse precisado á abandonar á los amigos y en una noche de boda? Vamos, prefiero mi posicion á la tuya.

Enr. Ya lo creo; tú llevas por título el Baron de la Estrella, mientras yo me llamo simplemente Enrique Mendoza; tú tienes un patrimonio legado por tu padre, y yo solo heredé del mio su nombre sin tacha, y su espada que jamás empañó la traicion ni la cobardía; tú tenias una posicion hecha, yo tuve que creármela. Ya ves si existe diferencia. Comprende que no me será muy satisfactoria la vida que llevo: pero la necesidad me obliga, y no hay mas remedio que doblegarse bajo su peso.

Fel. Pero hombre, haber pedido una licencia por esta noche. Al cabo de catorce años que no nos habíamos visto, y cuando va á realizarse uno de los acontecimientos mas grandes de mi vida, vas á abandonarme?

Enr. Me es muy sensible, pero qué quieres, donde está el deber...

Fel. Y el deseo, porque no me negarás que tienes ganas de cruzar los mares, dirigiéndote á la Isla de Cuba; al menos así me lo significaste la otra noche cuando nos encontramos en las Delicias.

Enr. Tienes razon; deseo llegar á la Habana, porque allí existe una mujer á quien adoro sin esperanza alguna.

Fel. Hombre! Eso es lo peor, y por qué?

Enr. Porque ella es rica y yo soy pobre. Su madre solo anhela un título, y ya ves que mi nombre es harto modesto.

Fel. Y la chica, te quiere?

Enr. Tal me he creido; mas hace ya siete meses, desde que salí de allá, no he recibido una sola carta suya. Tal vez se habrá olvidado.

Fel. Pues olvídala tú tambien.

28

Enr. Eso es bueno para dicho; pero quién lo hace, si ama de veras?
Fel. Mira que casualidad; tambien la mujer con quien voy á casarme es habanera.
Enr. Dios te haga muy feliz!
Fel. Phé! no es tan fea, pero es bastante rica. Me figuro que apenas me quiere; pero si he de decirte verdad, yo tampoco la quiero; eso no quita para que vivamos como buenos esposos.
Enr. (*levantándose.*) Vámos veo que tu cabeza es la misma siempre.
Fel. Genio y figura... pero te marchas ya?
Enr. (*mirando al reloj.*) Sí; son las siete y media, y dije que á esa hora me esperase el bote en el muelle y no me gusta que me esperen.
Fel. Conque de nada sirven mis súplicas?
Enr. Cuando vuelva á Barcelona, te prometo la primera visita y...
Fel. Y venirte á vivir aquí; mi casa es siempre la tuya.
Enr. Gracias, Feliz, gracias.
Fel. Me das palabra de visitarme el primero?
Enr. Te la doy.
Fel. Mira que confio...
Enr. Vendré.
Fel. Me alegraré que puedas decirme entonces: «Ya soy feliz.»
Enr. Es muy difícil.
Fel. Baá, quién sabe!
Enr. Á Dios, amigo mio: sé dichoso en tu nuevo estado.
Fel. Gracias; á Dios, (*Abrazándole.*) hasta la vuelta.
Enr. Tu casa...
Fel. Será la tuya; me lo has prometido.
Enr. Y lo cumpliré. Á Dios.
Fel. Á Dios. (*Marcha Enrique por el foro.*)

ESCENA II.

Feliz *por la puerta de la izquierda; despues* Ricardo.

Fel. Pobre chico!... Buena vida lleva!... Qué distinta de la mia! Sin embargo, hoy ya varian las circunstancias; me caso. Es verdad que mi boda ha sido Ricardo quien la ha dispuesto; pero no por eso es menos verdad que voy á entrar en el gremio de los maridos. Quién me lo diria! A mí, que jamás se me ocurrió tal cosa. Ricardo ha dicho que ese era el único medio de restaurar mi fortuna.... (*mirando al foro por donde aparece Ricardo.*) Aquí está! Gracias á Dios que te veo!
Ric. Dime, ha estado aquí el marino?
Fel. Quién, Enrique?
Ric. Sí.
Fel. Acaba de marcharse.
Ric. Y ha visto á tu futura?
Fel. No. Por qué me haces esa pregunta?
Ric. Porque acabo de hacer un descubrimiento.
Fel. Cómo?
Ric. Amalia, es la novia que Enrique tenia en la Isla de Cuba.
Fel. Ahora me esplico la causa de la tristeza que ella tiene y... Ricardo, ahora soy yo quien no me caso; no me agrada una mujer que quiera á un novio mas que al marido.
Ric. Eh! Qué estás diciendo? Pues no te has de casar?
Fel. Te digo que no.
Ric. Ven aquí, y escucha. Hemos derrochado en Madrid toda tu fortuna; vivimos en Barcelona, confiando en la herencia de tu tia, y la condesa ha muerto, sin que hayamos podido encontrar un solo real. Á García, ese tonto que nos ha pedido, le presentemos en el alto círculo catalan, le debemos mas de quince mil duros y no tenemos otro medio de salir adelante, que esa boda. La dote de Amalia basta para pagar todas las deudas, y para asegurarte una posicion desahogada, y cuando yo, á fuerza de tantos trabajos he conseguido arreglar esa union, sales tú rechazándola, solo porque tu prometida ha tenido un novio? Vamos, eres un necio de capirote. Qué te importa lo que fué? Ya le olvidará; lo que á tí te conviene es, casarte, porque es tu áncora de salvacion; y si ella sufre ó no, maldito el cuidado que debe darte.
Fel. Y por dónde has sabido que Enrique amaba á Amalia!
Ric. Esta noche, hablando en el Casino con un guardia marina, amigo de Enrique, le he preguntado, sin intencion, por la dama que ocupaba el pensamiento de tu amigo, y me ha dicho su nombre.
Fel. Pero, él sabrá que existe en Barcelona?
Ric. Ni por pienso, ellos creen que sigue en la Isla de Cuba.
Fel. De veras?
Ric. Como lo oyes. Vamos, vé á dar una vuelta por los salones, que se van llenando de gente, mientras sale tu futura.
Fel. A ver si nos sucede lo de la otra noche, todo dispuesto ya y ella...
Ric. Se sintió indispuesta; eso no tiene nada de estraño; las mujeres siempre tienen ataques de nervios la noche de sus esponsales.
Fel. Te aseguro que lo que me has dicho, aumenta mi repugnancia hácia esa boda; y que si no fuese por la necesidad...
Ric. Á ella es á quien te has de sujetar nada mas; anda, anda á los salones, donde quizá echen de menos tu presencia.
Fel. Voy.
Ric. Yo no tardaré en seguirte; quiero descansar algunos instantes, porque he venido corriendo desde el Casino á aquí.
Fel. Hasta luego.
Ric. Anda con Dios. (*Vase Feliz por el foro.*)

ESCENA III.

Ricardo, *despues* García.

Ric. Eso solo nos faltaba, que ahora no quisiera casarse! Buena la habíamos hecho! Despues de haber trabajado tanto!... Hoy no he visto á Tomás; si habrá descubierto algo con respecto á esa muchacha?... Porque no tiene duda; la marquesa ha debido hacer algo por ella.
Gar. (*saliendo por el foro derecha.*) Ricardo, amigo mio, deme V. la enhorabuena.
Ric. Á dios, García, ya le estaba echando de menos.
Gar. No se trata de eso ahora; felicíteme usted con toda la cordialidad de que es susceptible.
Ric. Por qué?
Gar. Hombre, porque hay motivo para ello; oh! y motivos muy grandes.
Ric. Espliquese usted.
Gar. Hombre, creo que poco tenga que esplicar; y necesario es ser muy torpe, para no comprenderlo.
Ric. Pues yo lo soy en grado superlativo.

Gar. Venga usted acá; vamos á ver; míreme usted bien.
Ric. Ya lo hago.
Gar. Y qué? No encuentra usted nada de particular en mí?
Ric. (*mirándole con atencion.*) Ya caigo, serán los brillantes que lleva en la camisa; buenas aguas, buenas monturas.
Gar. Qué aguas, ni qué monturas, ni qué niño muerto? No es eso.
Ric. Entonces, qué es?
Gar. No advierte usted nada sobre mi frente?
Ric. Sobre su....? Sí, veo algunas arrugas, consecuencia, no de la vejez, ni de los quebraderos de cabeza, sino de...
Gar. Qué diablos habla usted? No se trata de arrugas, sino de ese sello augusto, santo, noble y... en fin, el sello de la paternidad.
Ric. Acabára usted de esplicarse?
Gar. Eso lo comprende cualquiera.
Ric. Conque es usted padre?
Gar. Sí, amigo mio; desde ayer.
Ric. Tardecito ha sido, pero mas vale tarde que nunca; reciba usted mi parabien.
Gar. Ay! Ricardo, si viera usted cuán distinto modo de pensar me hace tener ese hijo!
Ric. Conque es un niño?
Gar. Eso era natural. Mi esposa me decia algunas veces.—«Ya verás como es una chiquilla, tonto;» pero buen chasco se ha llevado al ver lo contrario.
Ric. De modo que ahora es usted un hombre completamente feliz?
Gar. Por qué negarlo? Lo soy, me habia resignado á no tenerlos, mas lo sentia.
Ric. (*distraido y mirando hácia el fondo.*) Lo creo.
Gar. Qué mira usted hácia los salones?
Ric. A ver si estaba el baron en ellos.
Gar. Dios quiera que hoy no se interrumpa tambien la boda.
Ric. Cá! no lo crea usted.
Gar. Cada vez que reflexiono en lo mal que la difunta condesa se portó con los acreedores de su sobrino, que como yo no tenia otra garantía de sus créditos, que su herencia...
Ric. Ya, ya; la vieja lo hizo de un modo...
Gar. Pero dónde ha echado su dinero? Ella era rica y...
Ric. Hombre, yo he oido algo, porque estoy muy sobre aviso para lo que pueda descubrir.
Gar. (*con curiosidad.*) Cómo?
Ric. Dicen que la condesa tuvo amoríos con un médico, los cuales, segun se asegura, tuvieron por consecuencia una chiquilla.
Gar. Sopla!
Ric. Esa hija parece que estaba con el padre del médico, pues este murió hace tiempo.
Gar. Y qué? Cree usted que le habrá dejado á ella su capital?
Ric. Es lo mas posible, pues he oido, que desde dos años antes de morir, la condesa iba realizando sus bienes, y el producto de ellos no se sabe dónde está. He buscado á la muchacha y no la encuentro. El abuelo era prendero, pero hace tiempo se retiró de su tráfico, porque no le iba bien, sin que hasta la fecha haya podido encontrar sus huellas; pero yo le encontraré, y ya sabe usted que soy capaz...
Gar. De todo lo malo; ya lo sé.
Ric. Usted me adula, á pesar de que debe ser muy malo lo que hago, toda vez, que ahora creo que cobrará sus créditos.
Gar. Sí, con la boda. Pero se realizará?
Ric. Hoy definitivamente. Amalia no quiere al baron ni este á ella; pero yo quiero que se casen, y con eso los millones de la esposa pagarán las deudas del esposo.
Gar. Y á usted le permitirán gastar y triunfar como hasta aquí, á costa de Feliz?
Ric. En cambio, le proporciono su bienestar.
Gar. Ya, ya; buena pieza está usted! Pero de veras, cree usted que esta noche se verificará la boda?
Ric. No lo dude usted; la madre de Amalia está muy empeñada; buscaba un título para su hija, y no lo dejará escapar.
Gar. Dios lo quiera! Vamos á ver si salen los novios, porque le aseguro que hasta que los vea casados, no lo creeré.
Ric. Vamos donde usted guste. (*Vanse por el foro.*)

ESCENA IV.

Clara *y* Antonio *en la casa pobre, saliendo por la puerta primera de la derecha.*

Cla. (*Con coqueteria.*) Conque diga usted, señor mio, está usted contento?
Ant. Que si lo estoy? Cómo no habia de estarlo, cuando voy á ser tu marido?
Cla. Dios sabe si tú tambien harás lo que hacen otros hombres despues que se casan.
Ant. Clara...
Cla. Vamos, Antonio, no te incomodes.
Ant. Es que ni tú ni yo somos como la generalidad. Ambos éramos huérfanos; tú ahijada de la señora condesa, y yo su protejido, trabajaba en una de sus mejores fábricas, hasta que me llamaron al servicio; navegué durante ocho años contra la voluntad de mi protectora, que queria librarme; pero yo no acepté; habia hecho mucho bien á mi madre, y no debia serla mas graboso. He tenido la suerte de dar con buenos gefes, y especialmente con mi teniente D. Enrique Mendoza, que era un bravo marino; mucho sentimos ambos separarnos; mas yo tenia ganas de ver á mi protectora; pero bah, cuando llegué, ya era tarde; habia muerto, y solo te encontré á tí llorando sobre su tumba. Allí mismo, pocos dias despues, hice juramento de consagrarme á hacer tu felicidad.
Cla. Y yo tambien, Antonio, ya sabes que te lo dije.
Ant. Te acuerdas, Clara mia, del momento en que nos conocímos? El sol habia desaparecido en el horizonte. Entré en el Campo Santo tambaleándome, y á la dudosa claridad de las estrellas, te conocí; al mirar tus facciones me pareció que mi bienhechora se habia rejuvenecido, y estaba delante de mí dándome gracias por mi recuerdo. Vamos, desde aquella noche no se borró tu imágen de mi memoria, y cuando entré en la fábrica, me puse á trabajar con un ardor extraordinario; ya se vé, trabajaba para tí.
Cla. Yo tambien sabes que soy un poco superticiosa, y aquel encuentro inesperado, con un hombre que habia conocido y respetado, á la que solo desde hoy sé que era mi madre, me pareció de muy buen agüero; creí que ella te habia colocado junto á mí, y que su deseo era que fuese tu esposa. Mira... (*señalándole un ramo de flores que lleva en la mano.*) Ves estas flores? Parte de ellas son de las que tú dejaste sobre la tumba de mi madre, y parte me

las has regalado esta mañana; las he unido, y he formado con ellas este ramo, en que enlazo la afeccion que á tu protectora profesabas, y la que á mí te une.

ANT. Oh! bendita seas!

CLA. (*Con coquetería.*) Adulador!

ANT. Eso sí que no; digo que te quiero, porque es verdad; me pareces mas hermosa que todas las mujeres que he conocido; tu voz es mas suave que el murmullo de las olas, y hay en tus ojos mas dulzura que en ese cielo que tantas noches he contemplado desde el puente de mi fragata; ó bien á través de las ventanas de la fábrica, sin pensar que llegase un dia en que un ángel como tú, pudiera hacer zozobrar mi corazon.

CLA. Gracias, Dios mio!..

ANT. Vamos, vamos á ver si tu abuelo ha terminado, porque deseo con impaciencia que llegue el momento de que seas mia para siempre. No lo deseas tú tambien?

CLA. Si te amo, no he de desearlo?

ANT. Hubiera querido darte un trono, pero ya se vé, el obrero no tiene ahorros, no tiene mas que brazos para trabajar, y corazon para sentir.

CLA. Yo tambien soy pobre; pero nos queremos, somos jóvenes, y trabajaremos el uno para el otro. (*mirando á la derecha.*) Ya tienes aquí al abuelo.

ESCENA V.

Dichos y PEDRO.

PED. Estais ya, hijos mios?

ANT. Sí señor, y le aseguro que tengo unos deseos de que lleguen los padrinos!..

PED. (*mirando el reló.*) Y ya son las ocho.

CLA. A bien que tenemos la iglesia cerca. Mira, sabes quién se desposa esta noche tambien? La señorita de ahí enfrente.

ANT. La que te dige que era novia de mi teniente Don Enrique? Baá, que mujeres! De todo se olvidan!

(*En este momento aparecen algunos artesanos y mujeres del pueblo en la calle; llegan á la casa de Antonio y llaman á la puerta.*)

CLA. Ya estan ahí. (*abriendo la puerta á los artesanos que entran en la casa. Antonio les dá la mano.*)

ANT. Vamos, abuelo?

PED. Un momento. Antonio, escucha. (*Antonio y Pedro se retiran á un estremo del Teatro, mientras Clara habla con los artesanos.*) Mira, hijo, dentro de poco serás el esposo de Clara; ya sabes quién es; su madre no pudo legitimarla porque mi hijo murió antes que ella se encontrase completamente independiente.

ANT. Pero, á qué viene eso ahora?

PED. A decirte una vez mas, que Clara no tiene mas patrimonio que su honra; yo, bien lo sabes, cuanto tenia lo he perdido y...

ANT. (*impaciente.*) Bien, abuelo, bien; la honra de Clara es lo que vale mas que el dinero; mas que un pobre obrero; pero somos jóvenes, y trabajaremos. No hable usted mas de eso.

PED. Reflexiona que un matrimonio sin recursos no siempre es dichoso.

ANT. Si ambos se quieren lo son; no hay muchos pobres que son felices?

PED. No dirás que te he engañado. Sentiria que llegase un dia, en que te arrepintieras de haberte casado.

ANT. Le juro á usted, que jamás me arrepentiré.

PED. He cumplido con mi deber.

ANT. Tiene usted algo mas que decirme?

PED. No.

ANT. (*á Clara.*) Clara, cuando quieras.

CLA. Estoy á tu disposicion.

ANT. Vamos, abuelo?

PED. Vamos, hijos mios, y Dios os haga dichosos. (*vanse todos por la puerta de la calle, desapareciendo por el foro izquierda.*)

ESCENA VI.

AMALIA *y* DOLORES *en la habitacion de la derecha, saliendo por la puerta segunda de la derecha.*

AMA. Ay madre mia! Qué desgraciada voy á ser!

DOL. No hables así, Amalia; por qué has de ser desgraciada?

AMA. Porque no amo al baron.

DOL. Tú estás obcecada, y no has sabido apreciarle todavía en lo que vale. Felix es lo que vulgarmente se llama un buen chico; ha sido un tanto calavera, es verdad; pero qué hombre á su edad y en su posicion no ha hecho lo que él? Desengáñate, que llegará un dia en que serás feliz á su lado.

AMA. Imposible!

DOL. Pero Amalia, por Dios, sé razonable.

AMA. Trato de serlo, y por mas esfuerzos que hago no puedo conseguirlo.

DOL. Crees tú que si yo comprendiese que no habias de ser feliz, iria á consentir en semejante union?

AMA. Pero si yo amo á Enrique mucho mas desde que sé que voy á perderle.

DOL. Otra vez Enrique? Recuerda que me prometiste...

AMA. Lo que no podré cumplir. Perdóneme usted, madre mia, pero en estos momentos supremos, su memoria se presenta con mas fuerza en mi corazon.

DOL. Qué podias esperar siendo su esposa? Eso en primer lugar; en segundo, que por mas que tú digas, no podias quererle. Y sobre todo, la posicion de Enrique era muy inferior á la tuya.

AMA. Yo le amaba con toda mi alma; jamás me habia ocupado en analizar si era su posicion análoga á la mia. El corazon que ama, no es como la mente que razona; muchas veces se lo he dicho á usted, y á pesar de todo, no ha dado crédito á mis palabras.

DOL. He creido en mí un deber hacerlo así, porque una madre solo debe pensar en asegurar la fortuna de sus hijos. Con Enrique estabas espuesta á mil contingencias que ocurren en la vida, cuando la posicion no es bastante sólida; con el baron te encuentras asegurada para siempre; como posicion no es despreciable; como figura tampoco. Hoy, tal vez, no podrás quererlo, pero mañana que la razon ocupe su lugar, le querrás, y agradecerás á tu madre lo que ha hecho por tí.

AMA. Antes me moriré!

DOL. No digas tonterías; yo podria faltarte el dia menos pensado, y es muy distinto dejarte en una posicion insostenible, que dejarte en una completamente asegurada.

AMA. Pero y mi corazon?

DOL. Tu corazon sufrirá un momento hoy, para ser feliz mañana. (*Aparecen en la puerta del fondo Feliz y Ricardo.*)

DOL. (*A Amalia.*) Tu esposo! Enjuga tus lágrimas.

AMA. Ay madre mia! Sois inexorable!

ESCENA VII.

Dicha, Feliz *y* Ricardo *que se detienen un momento á la puerta.*

Fel. (*A Ricardo.*) La ves? Llorando siempre.
Ric. Anda, que despues se reirá.
Fel. Señoras, cuando gusteis; nos estan esperando los convidados.
Dol. Al momento, vamos. (Amalia, valor.)
Ama. (Por piedad, madre mia!)
Fel. (*á Ricardo.*) Ves? Está sufriendo.
Ric. Y qué?
Fel. Que se casa á disgusto.
Ric. Que se case; á tí te hace falta su dinero. (Y á mi tambien)
Fel. Pero...
Ric. Silencio.
Dol. Baron, me hará usted el obsequio de dispensar algunos instantes; esta emocion que siente Amalia es tan natural...
Fel. Yo lo que sentiria, señora, es que Amalia no fuese feliz...
Ric. Quién piensa en semejante cosa?
Dol. Desde luego creo que usted tratará de hacer feliz á mi hija, y lo será, baron, tengo esa confianza.
Ama. (*en voz baja á su madre.*) No lo seré nunca.
Dol. Vamos, hija mia, tu esposo te espera y...
Ama. (*haciendo un esfuerzo.*) (Veo que son inútiles mis ruegos; Dios quiera que usted no se arrepienta de esa dicha que dice me ha querido proporcionar.)
Dol. (Amalia!)
Ama. (*con dignidad.*) Baron, cuando usted guste. (*con desesperacion al par que se dirige á la puerta, al lado de su madre.*) A Dios para siempre, Enrique.
Fel. (*á Ricardo.*) Voy á vender mi libertad.
Ric. Por dos millones bien se puede vender. (*Vanse por el foro izquierda.*)

ESCENA VIII.

Lucía, *saliendo por la primera puerta derecha y aproximándose á la del fondo.*

Luc. Pobre señorita... Poco feliz va á ser con esta boda! Ya se vé, la señora se ha empeñado... Y luego el novio es un baron!... En fin casamientos de dinero, como si con el oro se consiguiera la dicha! Caramba!... y que no pueda yo ver lo que pasa por allá dentro! Qué hermosos están los salones! Cuánto lujo!... Pero si yo habia de verme tan triste como lo está la señorita, aun cuando me dieran las minas del Perú, no aceptaria un marido á tanta costa.

ESCENA IX.

Dicha, Clara, Antonio, Pedro, *y artesanos en la calle, dirigiéndose á la casa de la izquierda, dondé entran.*

Ant. Gracias, señor Pedro, por haberme dado una mujer como la que tengo. Voto á cien truenos, no cojo de alegría en el pellejo. Ya eres mi mujer, Clara mia; soy tan feliz que no sé lo que me pasa; quiero reir, quiero llorar, y no puedo.
Cla. Antonio!... (*abrazándole.*)
Ant. Dí, alma mia, eres feliz?
Cla. Si te quiero, no he de serlo?
Luc. (*mirando hácia el salon.*) Ya ha concluido la ceremonia. Pero, calla! Qué sucede? La señorita se ha desmayado... Vienen hácia aquí.
Ant. (*á Clara.*) Bendita seas!

ESCENA X.

Dichos, Amalia *desmayada en brazos de* Feliz *y* Ricardo; Dolores, Garcia *y convidados.*

Fel. Pronto, un frasco de esencia, agua.
Dol. Ya parece que vuelve en sí.
Gar. (*á Ricardo.*) Se me figura que la chica le quiere tanto como á mí.
Ric. (Pero es baronesa.)
Gar. (Porque usted ha querido.)
Ped. Conque estais contentos, hijos mios?
Ant. Creo que me vuelvo loco de alegría.
Ama. (*volviendo en sí.*) Oh!... Dónde estoy?
Dol. Junto á tu madre, al lado de tu esposo.
Ama. (*Fijando sus ojos asustados en Féliz, se incorpora y vuelve á caer en brazos de su madre.*) Madre mia!... qué desgraciada soy!
Gar. (*á Ricardo.*) (Malo, malo.)
Ric. (Usted cobrará, y yo seguiré viviendo.)
Ped. (*abrazando á Antonio y Clara.*) Dios os haga muy felices, hijos mios.

CUADRO PRIMERO.

A la derecha, la fachada de la casa del baron, á la izquierda, dejando practicable la calle, la casa de Antonio, con ventana al fondo; puerta á la izquierda que da á la calle y dos á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Clara *y* Antonio.

(*Clara está cosiendo y Antonio apoyado contra la mesa en actitud pensativa.*)

Cla. Dios mio! (*contemplando á Antonio.*) prestadme fuerzas para sostener su valor.) Antonio, Antonio, no me escuchas?
Ant. Ah!.. hablabas conmigo?
Cla. Con quién querias que hablase? Por qué estás tan triste? No comprendes que me haces sufrir? Vamos, ven aquí, á mi lado, junto á tu esposa, y haz que desaparezca de tu frente esa dolorosa tristeza que tanto daño me hace.
Ant. (*aproximándose á Clara.*) Ay! Clara! por mas esfuerzos que hagas, no podrás conseguir que se calme mi dolor.
Cla. Ten resignacion, Antonio.
Ant. Resignacion!.. Voto á cien truenos! Cómo es posible tenerla, cuando te veo sufriendo por causa mia? Resignacion!.. Puede haberla, al ver que desaparecen en pocos meses los reducidos ahorros de muchos años; cuando veo á mi esposa trabajar dia y noche para ganar una miseria; cuando voy á todas partes buscando trabajo, y no lo encuentro; cuando me veo despedido de la casa en que habito, y no tengo con que darte de comer; cuando veo á esas gentes que pasan á nuestro lado en lujosos trenes y derrochando en espléndidos banquetes inmensos capitales; cuando con una de sus mínimas partes bastaria para que estuvieses á cubierto de la miseria que nos rodea! Oh!.. Rayos y truenos!.. Es posible resignarse á llevar una existencia semejante?

CLA. Antonio!..

ANT. Hoy he estado á ver al procurador; le he dicho que aguardase unos cuantos dias, pues tu situacion era muy delicada; ó que si queria que le pagase mas pronto los alquileres que le debo, que me proporcionase trabajo, él que podia hacerlo.

CLA. Y qué te ha dicho?

ANT. Que mañana necesita, ó el dinero, ó las llaves del cuarto.

CLA. Dios mio! En qué te hemos ofendido para que nos castigues así?

ANT. He ido tambien al puerto para ver si en algun buque encontraba acomodo; pero nada, todas las puertas parece que se me han cerrado.

CLA. Y tendrias valor para embarcarte, y abandonar á tu mujer?

ANT. Yo necesito dinero para que tengas casa, y pan para que te alimentes, y es preciso que lo encuentre de un modo ú otro.

CLA. (*soltando rápidamente la labor y cogiendo las manos de Antonio.*) Antonio!.. Qué quieres decir? Si te oyera mi pobre abuelo!..

ANT. Al menos ignora lo que estamos pasando; fué buena su idea de irse á Tarragona, á ver si se mejoraba de sus dolencias, y he encargado á Roque que nada le diga acerca de nuestro estado.

CLA. El pobre no lo podria mejorar, y el dolor, quizá, apresuraria su muerte.

ANT. Oh!.. su enfermedad primero, y la mia despues nos han arruinado.

CLA. No te desesperes; Dios no abandona jamás á los desgraciados que confian en su bondad. Mira, hoy llevaré estas camisas, y con el importe de ellas, tendremos para comer dos dias; despues, Dios dirá; lo principal es que tú tengas calma; no comprendes, que viéndote asi, he de padecer?

ANT. Eres un ángel!

CLA. Soy una pobre mujer, que no tiene á nadie en el mundo mas que á su marido, y que sufre viéndole sufrir. Vamos, no te desalientes; sal por ahí; busca entre tus conocimientos; visita á tus amigos; distraéte, mientras tu mujer va á la tienda, y prepara la comida.

ANT. Toda mi vida es poca para pagarte lo que haces por mí.

CLA. (*con acento de dulce reconvencion.*) Antonio, no soy tu esposa? No lo harias por mí tambien?

ANT. Ya ves que no lo hago.

CLA. Vamos, vamos, no hablemos mas de eso. (*Clara recoge su costura, la pone en un pañuelo; se pone otro á la cabeza y se dispone á marchar.*)

ANT. Voto á cien tempestades! Si cada vez que te miro, no puedo menos de reconvenirme por haberte hecho tan desgraciada.

CLA. Pero quién te ha dicho eso? Vaya, vaya, señorito, hágame usted el favor de no decir mas tonterías, y marcharse á la calle á distraerse, y á esperar mejores dias.

ANT. Quiero complacerte, Clara; quiero hacerme digno de tí por mi resignacion y conformidad.

CLA. (*abrazándole.*) Y tu mujer, en pago de eso, te dá un abrazo.

ANT. Bendita seas!

CLA. Ea, voy á echarme el pañuelo, y tú á la calle.

ANT. Hasta luego, y Dios quiera que tenga mas acierto ahora que antes.

CLA. Confia en Dios. (*vase Antonio por la puerta de la calle y desaparece por el foro izquierda.*) Pobre Antonio! Bien sabe el cielo que no es por mí por quien siento nuestra situacion; es por él, por él cuya paciencia temo se agote, que arrastrado por su desesperacion, no descienda á un estremo que... Dios mio! Dios mio! no le abandoneis! (*desaparece por la puerta izquierda.*)

ESCENA II.

RICARDO *y* TOMÁS.

(Tomás sale con un trage destrozado, por la derecha, y se detiene en la esquina que forma la casa de Antonio. Ricardo, embozado en la capa, sale tambien por la derecha, mirando con precaucion.)

TOM. (*dando un silvido.*) Ahora esperemos. Por vida del diablo!... los tiempos estan malos, y las gentes honraás se mueren de hambre. Este señorito llenará mi bolsa de nuevo.

RIC. Creo que he oido la seña de Tomás; llevo tantos dias esperándole!.. Si la habrá encontrado.

TOM. (*Aproximándose con precaucion á Ricardo.*) Señorito, señorito.

RIC. Ah! eres tú?

TOM. Servidor de usted, D. Ricardo.

RIC. Chist!.. calla, imbécil!

TOM. Es verdad; ya no me acordaba. (Como soy un pobre pillo, y él es un pillo señor...)

RIC. Has averiguado algo?

TOM. Casi, casi he descubierto ya lo que necesitamos; es decir, lo que necesita usted.

RIC. De veras?

TOM. Sí señor.

RIC. Sabes dónde ha ido á parar la ahijada, ó mejor dicho, la hija de la condesa?

TOM. Me parece que sí.

RIC. (*vivamente.*) Dónde está?

TOM. No muy lejos de usted.

RIC. Cómo? Quién es?

TOM. Ya ve usted que la noticia... Vamos, si usted viera los pasos que me ha costado, y las... pues... como en este mundo cada uno se quiere hacer pagar por su trabajo...

RIC. Pero, acabas de esplicarte?

TOM. Iba diciendo, que el encontrar á esa moza me ha costado algun dinero, y como uno no está muy sobrado que digamos....

RIC. (*sacando algunas monedas y dándoselas.*) Toma, y habla.

TOM. Gracias, señorito; creo que nosotros hemos nacido para entendernos.

RIC. Conque dices que esa mujer?...

TOM. Por las señas que me han dado, está á tres pasos de usted.

RIC. A tres pasos de mí!

TOM. Justo; porque vive, (*bajando la voz*) aquí, en esta casa. (*señalando la de Antonio.*)

RIC. (*vivamente, dando algunos pasos hácia la casa de Antonio.*) Oh! quiero verla.

TOM. (*deteniéndole*) Vamos, señorito, no sea usted tan vivo de genio: dónde va usted?

RIC. Tienes razon; pero estas seguro?..

TOM. Segun las señas que usted me indica, y las que á mí me han dado, esa mujer es la misma á quien usted busca.

RIC. Vive con su abuelo?

TOM. Cá, no señor; está casada con un marinero que parece tenia tambien algo que agradecer á la señora y el señor Pedro, que tuvo prendería en la calle de S. Pablo, y puesto en los Encantes, se haya en Tarragona hace algunos meses, á ver si se pone mejor de sus achaques.

RIC. Estarán ricos, hé?

TOM. No señor; están mas pobres que las ratas; y lo que es el tal Antonio, tiene un genio... Me alegraré poderle jugar una que le escueza.
RIC. Por qué?
TOM. Tenemos cuentas pendientes los dos, y á mí no me gusta dejar nunca ningun negocio sin arreglarlo.
RIC. Pues qué te ha pasado?
TOM. Y mirándolo bien, usted tiene la culpa.
RIC. Yo?
TOM. Cabal; la otra noche estábamos en la Barceloneta, en la tienda del Perot, con el porron en la mano, cuando llegó el marinero, y porque le dije alguna broma... Vamos, si cuando lo pienso...
RIC. Pero qué te hizo...
TOM. Nada: ya se lo diré yo algun dia.
RIC. Y dices que estan pobres?
TOM. Mucho; segun he oido, hasta los han despedido de la casa.
RIC. (Entonces, qué hizo la condesa de su dinero?)
TOM. Señorito, parece que viene gente.
RIC. Y á mí qué me importa?
TOM. Ah! bueno, bueno, eso es otra cosa.

ESCENA III.

Dichos, AMALIA *y* LUCIA *aparecen por la esquina que forma la casa del baron.*

AMA. (*á Lucia sin reparar en Ricardo hasta que lo indique el diálogo.*) Dices que vive ahí enfrente esa jóven?
LUC. Sí, señorita; Clara y su marido viven aquí.
RIC. (La baronesa!...)
TOM. (Calle! La mujer del otro!)
AMA. Llama y...
RIC. (*aproximándose á Amalia. Tomás permanece retirado algunos pasos.*) A los pies de usted, baronesa.
AMA. Ah!... (Siempre este hombre!) (*con frialdad.*) A Dios, Ricardo. (*continúa aproximándose hácia la casa de Antonio.*)
RIC. (Dónde irá?) Dispénseme usted, baronesa; pero parece que mi presencia la es enojosa, y...
AMA. (*deteniéndose.*) Su presencia... Suplico á usted me permita... (*tratando de continuar su camino.*)
RIC. Vengo advirtiendo en la conducta de usted, respecto á mí, algo que me ofende. Sus saludos son frios, sus palabras escasas, y parece que busca todas las ocasiones posibles para zaherirme.
AMA. Trata usted de sujetarme á un interrogatorio?
RIC. Yo tengo, señora, mi dignidad tambien, y me ofenden sus desprecios.
AMA. Vuelvo á suplicarle me deje ir á casa de esas jentes, que necesitan mis socorros, y evíteme usted que le conteste.
RIC. Esas palabras escitan mas mi deseo. Cuando á un caballero le falta otro, la sociedad tiene establecidas sus leyes para satisfacer al ofendido; pero cuando es una señora el ofensor, entonces la persona herida, se quita el sombrero, y respetuosa, pero firmemente, la exige le manifieste los motivos que tuvo para faltarle.
AMA. Creo que los motivos que tengo, no es á mí á quien debe preguntarlos; es á su misma conciencia.
RIC. Dispénseme usted, baronesa; mi conciencia no me acusa de nada absolutamente.
AMA. Veo que es necesario que le hable, y le hablaré; usted me ha puesto en ese caso.
TOM. Qué tendrán que hablar los dos?
AMA. (*á Lucia.*) Lucía, entra ahí, y dí á esa joven que vaya mañana á casa. (*Lucia se dirige á la casa de Clara; llama, sale Clara, abre la puerta y ambas permanecen en la habitacion.*)
RIC. (*con ironía.*) Sepamos, señora, todo eso que tiene usted que decirme.

ESCENA IV.

Dichos y CLARA *en la habitacion de la izquierda.*

AMA. Basta de ironía, caballero; estoy hace muchos meses escuchándole, y dia por dia he ido atesorando en mi corazon una gota de amargura que ústed, y solo usted causaba. Mi matrimonio concertado solo por su mediacion, no ha servido mas que para cubrir las deudas que mi esposo tenia contraidas, y asegurar la posicion de usted, que era bastante insegura. Desde entonces no encuentro en sus labios mas que ironía; ha hecho que mi madre vuelva á América, para dejarme aislada; y Feliz no seria tan malo, si usted no le aconsejase. Usted, que no contento con acibarar mi vida, ha querido insultarla y escarnecerla, mostrándose conmigo cada dia de un modo que degrada tanto al hombre, como es infame é indigno en el que se vende por amigo. Ya tiene usted esplicada la causa de mi desden hácia usted. El hombre se venga por medio de un duelo del que le ultraja; la mujer se venga únicamente con el desprecio.
RIC. Ha concluido usted?
AMA. Y como veo que es inútil que prolonguemos mas, en un sitio como este, una conversacion harto enojosa, me retiro.
RIC. Un momento. Me alegro que la situacion se haya despejado; con eso usted y yo arrojaremos la máscara con que tratábamos de ocultarnos, y viviremos mejor.
AMA. Qué quiere usted decir?
RIC. Que la persona que me desprecia, suele casi siempre llegar á encontrarse en una situacion en que se arrepiente de su desprecio.
AMA. (Dios mio!)
RIC. Ha comprendido usted, baronesa?
AMA. Le he comprendido, y me ratifico en lo que dije. (*á Lucia que sale de la habitacion de Clara.*) Has hecho mi encargo?
LUC. Sí, señora.
AMA. Vamos á casa. (*Pasa por delante de Ricardo con altivez y sin mirarle, desapareciendo por la derecha con Lucía.*)
TOM. (La señora se ha despedido á la francesa.)

ESCENA V.

CLARA, RICARDO *y* TOMÁS.

CLA. Gracias, Dios mio! Esa buena señora me proporciona trabajo; sí, iré mañana, y puesto que es tan buena, la confesaré mi situacion, y ella nos salvará.
RIC. Oh!... Te juro que llegará un dia en que te arrastrarás á mis pies, y ay! de tí!... cuando llegue ese dia.
CLA. Vamos á la tienda en cuatro saltos, y volveré en seguida, á fin de arreglar la cena para cuando venga Antonio.
TOM. (*aproximándose á Ricardo y con intencion.*) Fuerte ha sido la tormenta, señorito.
RIC. Calla, miserable!

TOM. (Como le escuece.)

RIC. (*Mirando á la casa de Antonio, cuya puerta se abre, apareciendo Clara con un lio en la mano.*) Parece que sale alguno de esa casa.

TOM. Es la muchacha que usted busca.

RIC. Ah!... (*aproximándose á la casa.*)

TOM. (Qué vá usted á hacer?)

CLA. (*Sale, cierra la puerta, y al volverse se encuentra con Ricardo.*) Ah!... Á quién busca usted, caballero?

RIC. Felices, señora. No me direis si es aquí donde vive un tal Antonio, que ha sido marinero?

CLA. Sí señor; qué se le ofrecia á usted?

RIC. (*mirándola con atencion.*) (Es ella, ese parecido?...) Es cierto que ese Antonio queria reengancharse otra vez para navegar?...

CLA. (*vivamente.*) No señor, no; mi marido no quiere abandonar á su mujer.

RIC. Me habian dicho...

CLA. Pues le han informado mal; ni él ni yo queremos semejante cosa.

RIC. En ese caso, no hay que hablar. Buenas noches.

CLA. Vaya usted con Dios. (*observando que Ricardo no cesa de mirarla.*) Cómo me mira!... (*Vase por el foro derecha.*)

TOM. (Este hombre tiene una chispa que ya! Cómo ha enredado conversacion al momento...)

ESCENA VI.

TOMAS *y* RICARDO.

RIC. (*corriendo hácia Tomás.*) No te]has engañado; es ella!

TOM. Vamos, ya ve usted si yo sirvo bien.

RIC. Es la misma cara de la condesa. Y dices que estan pobres?

TOM. En la miseria.

RIC. Es raro!.. Aquí debe haber algun misterio, y... Mira, Tomás, espérame aquí, que voy á avisar al baron.

TOM. Y qué hago?

RIC. Observar, y nada mas.

TOM. Pero...

RIC. Espérame. (*vase foro izquierda.*)

ESCENA VII.

TOMÁS *y despues* ROQUE.

TOM. Vaya, se vá dejándome con la palabra en la boca; y qué voy á hacer aquí ahora, esperándole hasta Dios sabe cuándo? Pues lo que es eso, me lo ha de pagar; ya lo creo; no tiene uno su tiempo para perderlo sin mas ni mas; yo le he oido decir, no sé á quien, que el tiempo es dinero, y... vamos, el mio me vale algunos cuartos para que trate de desperdiciarlo.

(Sale Roque por la izquierda con una carta en la mano; llega á la puerta de la casa de Antonio y llama. Tomás se oculta trás de la esquina opuesta observándole.)

TOM. Calle! Roque, mi antiguo compañero en la fábrica, conoce á esta gente!.. (*viendo que llama.*) Sí, sí, ya puedes llamar.)

ROQ. Qué diablos! No están; y yo que les tenia que dar esta carta de su abuelo... Vaya, volveré mas tarde, si es que puedo; si no á la noche, cuando se cierre el almacen. (*va á guardar la carta en el bolsillo, y se le cae al suelo sin que él lo advierta. Vase por la izquierda.*)

TOM. *Saliendo.*) De dónde conocerá este á Antonio? Baá! y á mí, qué me importa? El estaba en Tarragona segun creo. Ese, con ser hombre de bien, ha hecho negocio. Yo tambien lo haré. Cuánto tarda D. Ricardo. (*reparando en la carta.*) Qué es esto? Una carta! Alguno la habrá perdido. Si viniera en en ella una letra ó cosa que lo valga!.. Pero cáa; el tiempo de los tontos pasó, y no se pierden cartas así. Veamos lo que dice. (*abre la carta y se pone á leer.*) Diablo! esto es mejor que una letra; sí, está visto que estóy de suerte. (*leyendo.*) «Queridos hijos, hoy he confesado, y quizá, cuando recibais esta, ya habré muerto. (*con ironia.*) Dios le tenga en la gloria.—Antes de morir quiero revelaros un secreto, que segun ofrecí á la señora, condesa, no debia revelar hasta un año despues de vuestra boda. La señora queria tener el convencimiento de que el hombre que se casára con su hija, no lo hacia por el mezquino interés. La condesa habia ido vendiendo casi todos sus bienes, y su importe lo depositaba en el Banco, á nombre de su hija. Yo tenia el encargo de conservar el documento que lo justificase; y en el armario que hay en casa, en el último cajon de la derecha, encontrareis el talon del Banco. Un encargo me resta que haceros; no os envanezcan esas riquezas; haced buen uso de ellas, y no olvideis que el dinero que se dá á los pobres, es el mas agradable á los ojos de Dios.» Si pues, á pesar de tus deseos, buen viejo, este dinero, irá á manos del diablo. Oh! esto es magnífico! Cuántos parnés me valdrá esto? Vamos, vamos á buscar á D. Ricardo porque merece la noticia, que vaya á verle cuanto antes. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

CLARA *saliendo por la derecha, se aproxima á la puerta de su casa. Abre, penetra en ella, deja sobre una silla la labor que trae, despues se deja caer; muestras de abatimiento.*

CLA. Nada, Dios mio, nada! Por qué me castigais con tanta dureza? Bien sabeis que no es por mí por quien lo siento. Qué voy á decirle á Antonio cuando venga? (*Antonio sale por la izquierda; se aproxima á la puerta de su casa y llama.*)

ANT. Clara?

CLA. Ahí está. (*abre la puerta y entra Antonio.*)

ANT. (*observando el estado de Clara.*) Qué tienes? Qué te sucede?

CLA. Ay, esposo mio, qué desgraciada soy! (*abrazándole.*)

ANT. Qué quieres decir?

CLA. (*señalándole la labor.*) Mira.

ANT. (*desenvolviéndola.*) Qué, no habia nadie en la tienda?

CLA. No, yo tengo la culpa de todo; he equivocado la labor; he echado á perder las camisas, y no han querido pagármelas.

ANT. (*con desesperacion, pero conteniéndose gradualmente hasta adquirir una calma sensible.*) Oh!.. Han hecho bien; que derecho tenemos para quejarnos?.. Cálmate, Clara; todos los hombres nos abandonan... y despues la sociedad todavía se atreverá á culparnos por... Vamos, no llores; no me vés... estoy sereno.

CLA. Antonio.

ESCENA IX.

Dichos, Tomás *que sale por la izquierda y* Ricardo *por la derecha, encontrándose en mitad de la escena.*

Tom. Señorito, señorito, gran noticia.
Ric. Qué es?
Tom. Oiga usted.
Ant. (*á Clara.*) Es decir que tampoco tenemos que comer?
Cla. No tengo dinero ni en casa habia nada que empeñar.
Ric. (*á Tomás.*) Conque dices que en el último cajon de la derecha?
Tom. Sí señor.
Ant. Cuánto tiempo hace que no has comido?
Cla. No te ocupes de mí.
Ant. Yo te prometo que hoy comerás!
Cla. Antonio, esposo mio!
Ant. Basta de sufrimiento.)
Ric. (*á Tomás.*) Esta noche hay que robar esos papeles.
Cla. (*á Antonio, viendo que dá algunos pasos hácia la puerta.*) Dónde vas?
Ant. (*rechazándola.*) Déjame.
Ric. Aprovecharemos la confusion del baile que esta noche dan en casa del Baron
Cla. Dónde vás, Antonio?
Ant. Voy... á buscar dinero?
Cla. Antonio, por Dios. (*abrazándose á él.*)
Ant. (*rechazándola.*) Déjame en paz.
Tom. Parece que abren aquella puerta.
Ric. Ven. (*Se esconden en la esquina que forma la casa del Baron. Antonio sale apresuradamente de su casa y desaparece por la izquierda. Clara cae de rodillas.*)
Cla. Dios mio, tened piedad de nosotros. (*Ricardo y Tomás desaparecen por la izquierda.*)

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa á la izquierda los Arcos de los Encantes; á la derecha la fachada de la Lonja, y el fondo la plaza de Palacio iluminado por la luna. En los arcos, que se pierden por la izquierda, faroles de trecho en trecho. Al levantarse el telon, se oyen las once, y el sereno atraviesa por el fondo cantando la hora.

Antonio sale por los arcos ocultándose.

ESCENA PRIMERA.

Antonio *y despues el* Baron *y* Ricardo.

Ant. Señor, Señor, prestadme fuerzas; no tengo valor para pedir una limosna. Hace mucho tiempo que he salido de mi casa; han pasado muchas gentes por mi lado, y he sido cobarde al ir á tender mi mano hácia ellas. Oh!... si me rehusaran ese pan que yo no quiero para mí, sino para ella!... Y, con qué derecho me la pueden rehusar? No he ido yo una porcion de veces á pedirles trabajo? Por qué no me lo han dado? Si alguno me viese rondando por estos sitios, me tomaria por un... Dios mio! este pensamiento me asusta; no, no, no puedo permanecer aquí. (*dá algunos pasos para marcharse, mas de pronto se detiene.*) Pero, y Clara? Podrá estar un dia mas sin comer? Imposible; he de llevarla dinero, y se lo llevaré. (*mirando hacia el fondo de los arcos.*) Parece que viene gente, sí, dos caballeros se adelantan por allí; valor, les pediré una limosna.
Ric. (*al baron.*) Lo que te digo; durante el baile daremos el golpe.
Fel. Pero descender á semejante estremo...
Ric. Es el único medio de salvarte. Vamos á tu casa, y allí... (*Antonio sale de entre los arcos y se adelanta hácia ellos.*) Qué es esto?
Ant. Señores, dispénsenme ustedes si los interrumpo.
Fel. Qué quiere usted.
Ric. (*á Feliz en voz baja.*) Este es el marido de tu prima...
Ant. Soy un pobre marinero que se encuentra sin trabajo.
Fel. Y qué tenemos que ver nosotros con eso?
Ant. Ya lo sé; ustedes no me lo pueden dar; se lo he pedido á los que podian hacerlo y...
Fel. Vamos, vamos, buen hombre, déjenos usted en paz.
Ant. No he comido desde ayer.
Fel. No llevo suelto. (*dando algunos pasos para marcharse.*)
Ant. (*exasperado, mas conteniéndose inmediatamente.*) Rayos y truenos!
Ric. Eh!...
Ant. Nada, señores, nada; yo les suplico que me hagan la caridad de...
Ric. (*á Feliz rápidamente.*) Una ocasion buena para deshacernos de él; exaspérale un poco, mientras yo aviso al sereno.
Fel Mas...
Ric. No le des un real, vuelvo en seguida.
Ant. (*dirigiéndose á Feliz al ver que Ricardo se aleja por la izquierda.*) Su amigo de usted no ha querido escuchar los lamentos del pobre, pero usted los escuchará, señor; no puede usted imaginarse cuánto me ha costado dar este paso; pero mi mujer desfallece de hambre; yo no lo siento por mí, es por ella que no estaba acostumbrada á la miseria.
Fel. (*con altanería.*) Pero cree usted que he venido aquí para ser confidente de sus desgracias?
Ant. Señor!... Cuando salí de mi casa, estaba dispuesto á cometer un crímen...
Fel. (*dando un paso hácia atrás*) Cómo?...
Ant. (*con amargura.*) No tenga usted miedo; los obreros sufrimos, pero no asesinamos. Me acerco á usted en paz, para suplicarle me dé una limosna.
Fel. Hay demasiados pobres en Barcelona, y uno no puede socorrer á todos.
Ant. Señor!... Mi esposa no ha comido.
Fel. Y yo tengo obligacion?..
Ant. No tengo que darla.
Fel. Pues bien, tome usted, canalla. (*le dá una moneda y se separa de él.*)
Ant. (*mirando la moneda*) Canalla!... Y me dá dos cuartos!... Oh!... esto es horrible. (*se aproxima á Feliz y le coje de un brazo.*) Cuando hay ricos tan infames que insultan de este modo la miseria, los pobres azotan el rostro de los ricos con la limosna que les dan. (*le tira la moneda al rostro.*)
Fel. Infame!
Ant. El infame es usted; la limosna no se aprecia por la cantidad, sino por la manera de hacerla. Tengo una mujer que muere de hambre; tampoco he probado un pedazo de pan hace muchas horas, y creí que en mi acento hallaria la verdad suficiente aliciente para que se me creyese, para que su corazon se enterneciese con mis desgracias; pero rayos y truenos! usted debe tener las entrañas mas duras que el casco de un navio; y yo no sufro mas humillacio-

nes; mi mujer no come, y la he ofrecido que comería.

Fel. Qué quiere decir eso?

Ant. Que con este dinero no puedo llevar de comer á mi esposa. (*cogiéndole de un brazo.*)

Fel. Ah... (*gritando.*) Ladrones!... Ladrones!...

Ant. (*anonadado.*) Ladron yo!

Fel. Ladrones!

Ant. Calle usted. (*cogiéndole violentamente por un brazo.*)

Fel. Favor, socorro, á mí.

Ant. (*exasperado.*) Calle usted!

(*Aparecen por el foro Ricardo y dos ó tres serenos.*)

Ant. Estoy perdido.

ESCENA II.

Dichos, Ricardo *y serenos, despues* Enrique; Antonio *quiere huir por la izquierda, pero aparece un sereno con una pistola en la mano y le hace retroceder.*

Ser. Alto.

Ant. Oh!

Fel. A ese.

Ric. Alto ahí, miserable.

Ser. 1.º Qué es eso?

Fel. Ese hombre trataba de robarme.

Ant. Mentira.

Ser. 1.º Calla, tunante!

Ant. Solo pedia una limosna para socorrer á mi familia; no soy ladron.

Ric. Llevarlo á la casa de la Ciudad.

Ant. Yo! yo ser conducido como un criminal? Imposible, señores; en mi conducta no hay nada de infame.

Fel. Digo á ustedes que ese hombre trataba de robarme.

Ant. (*con fuerza.*) Mentira.

Ric. (*amenazándole.*) Calla, miserable. (*á los serenos.*) Amarradle bien. (*Los serenos rodean á Antonio, haciendo ademan de quererlo sujetar.*)

Ant. Amarrarme á mí! Vuelvo á repetir que no soy ladron; ese hombre miente; ese hombre, con la limosna que me daba, me insultó, y yo se la arrojé al rostro.

Ric. Este caballero es el baron de Fenestrall, y es incapaz de mentir.

Ser. 1.º Vamos, vamos, menos palabras, y venga usted bien á bien con nosotros.

Ant. Nunca; ir con ustedes seria declararme yo mismo criminal y no lo soy. (*Enrique ha venido adelantándose por el foro, envuelto en su gaban de marino, y se ha detenido observando con curiosidad aquella escena.*)

Ric. Eso dicen todos.

Ant. Soy inocente; me he visto en la necesidad de pedir una limosna, porque voto á mil bombas! he ido á pedir trabajo y no lo he encontrado; soy un marinero honrado, que he cumplido mis ocho años de embarque, sin tener una nota en mi licencia; soy un obrero que prefiere morirse de hambre á robar, y que no he manchado nunca mis labios con una mentira, cual lo hacen esos señores.

Ric. (*amenazándole.*) Tunante!

Ser. 1.º (*empujándole.*) Vamos pronto.

Enr. (*abriéndose el gaban y adelantándose al centro del grupo.*) Poco á poco, señores.

Ant. Mi capitan! (*con alegría á Enrique.*)

Fel. Enrique!

Enr. (*á los serenos.*) Conocen ustedes el grado que tengo? Pues bien, en virtud de él les suplico se retiren, porque este hombre no es un ladron.

Fel. Pero...

Enr. Si su situacion era mala, podrá haber tenido malos modos, pero no es criminal; le conozco bien; ha servido ocho años conmigo, y respondo de él como si fuera mi hermano.

Ant. Oh!.. mi capitan!..

Enr. (*á los serenos.*) Han oido ustedes?

Ric. Es que...

Enr. Caballero, me parece que no habia tenido la honra de dirigirme á usted.

Ser. 1.º Si usted responde...

Enr. Sí señores; respondo, y vuelvo á suplicarles le dejen en libertad, pues aquí sin duda ha existido algun error. (*Los serenos, tras algunos momentos de indecision, se retiran á una indicacion hecha por Enrique.*)

ESCENA III.

Ricardo, Feliz, Antonio y Enrique.

Enr. (*á Antonio.*) Pero Antonio, que ha pasado aquí?

Ant. Oh!... mi capitan; usted no me cree culpable, no es cierto?

Fel. Lo es.

Enr. Vamos, Baron, sé un poco indulgente con los pobres.

Fel. Me ha amenazado.

Ant. Tenia razon para ello; voto á cien tempestades! usted me insultó con su limosna.

Fel. Yo no tenia obligacion, y...

Enr. (*á Antonio.*) Basta, Antonio; dónde vives?

Ant. En la calle Condal.

Enr. Bien; ven mañana á verme á la fragata, y entre tanto, toma; no quiero que los que han servido conmigo pidan limosna. (*le dá un bolsillo.*)

Ant. (*con efusion*) Mi capitan!..

Ric. (A qué diablos habrá venido este hombre ahora? Será necesario que nos deshagamos de él?)

Enr. (*á Antonio.*) No me des gracias; lo que he hecho es un deber; vete á tu casa, y lleva pan á tu familia.

Ant. Tiene usted razon, mi capitan; mi pobre mujer no se ha desayunado desde ayer.

Enr. Vuela, vuela, y ven á verme mañana.

Ant. Sí que iré, mi capitan, sí que iré, Dios le premie por su buen corazon. (*vase Antonio foro derecha.*)

Fel. Y ahora, dónde piensas ir, Enrique?

Enr. A casa del general, á quien ofrecí que iria esta noche un momento.

Fel. Te acuerdas la palabra que te exigí la última vez que nos vimos?

Enr. Tienes razon; que fuera á tu casa.

Fel. Ya veo que la has cumplido.

Enr. Te diré; llegué ayer á Barcelona, y no he tenido tiempo para nada.

Ric. (*con intencion.*) Y además, como este caballero tampoco sabia que estabas casado...

Enr. (*con sequedad.*) Para ir á ver á mis amigos, no se me ha ocurrido jamás pensar si estaban casados ó no.

Fel. En fin, no quiero ser menos que el general, y esta noche te espero en casa; tenemos reunion, y te distraerás un poco.

Enr. No sé á qué hora saldré de casa del general.

Fel. Salgas á la hora que quieras, me diste palabra de que tu primera visita seria para mí, y necesito que me la cumplas.

ENR. No te incomodes; iré.

FEL. Vivo en la calle Condal; allí verás los carruajes, y ellos te indicarán cuál es tu casa.

ENR. Iré.

RIC. (*á Feliz.*) Vive muy prevenido con tu amigo.

FEL. Por qué? (*á Ricardo.*) Te espero. (*á Enrique.*)

ENR. Descuida.

RIC. (*á Feliz.*) Ese marino fué amante de Amalia.

FEL. Oh!..

ENR. (*sorprendido.*) Qué es eso?

FEL. Nada, nada, conque hasta luego?

ENR. No faltaré. (*se dan la mano y se saludan, y Ricardo y Feliz se marchan por el foro derecha, y Enrique por la izquierda.*)

RIC. (Me vengaré de esa mujer, y disfrutaré la herencia de la condesa.)

CUADRO TERCERO.

La casa de Antonio en la misma disposicion que en el cuadro primero; Clara asomada á la ventana del foro.

ESCENA PRIMERA.

CLARA y *despues* ANTONIO.

CLA. Las once y media y aun no ha vuelto! Dios mio!.. querreis hacerme mas desgraciada todavía? No, no; vos no consentireis que mi Antonio cometa un crímen. Oh!.. seria harta crueldad. Me parece que siento pasos... Sí; se aproximan; será él?... Me parece que conozco sus pisadas... Ya están mas cerca. Antonio? (*llamando con voz contenida.*) Antonio?

ANT. Yo soy.

CLA. (*con efusion, alzando los brazos al cielo.*) Gracias, Dios mio!

ANT. (*saliendo por la izquierda y aproximándose á la puerta de su casa.*) Abre, Clara.

CLA. (*abriendo la puerta.*) Válgame Dios, hombre; cuánto me has hecho esperar! (*Antonio entra en la habitacion.*)

ANT. Te prometí que traeria comida y he querido cumplir mi palabra. (*la da un pañuelo que trae en la mano lleno de comestibles.*)

CLA. Antonio!.. (*rechazando con dulzura el pañuelo.*) A qué precio has pagado esta cena?

ANT. No temas, esposa mia; las manos de tu marido estan limpias de todo crímen.

CLA. Oh!.. perdóname.

ANT. Iba á pedir una limosna á unos miserables que se atrevieron á tomarme por un... Voto á mil bombas!... Vergüenza me dá el decirlo; se atrevieron á suponer que era un ladron.

CLA. Dios mio!

ANT. Pero felizmente pasó por allí mi capitan D. Enrique, que llegó ayer al puerto, y me conoció, y me salvó de aquellos infames, dándome dinero y exigiéndome que mañana vaya á verle.

CLA. Gracias, madre mia, gracias; tú no nos abandonas nunca.

ANT. Entonces he buscado hasta encontrar una tienda abierta todavía, y ahí tienes, Clara mia; vas á cenar como una reina; por vida de cien tempestades! Mira, te traigo lomo, butifarra, y aceitunas sevillanas que te gustan tanto. Eh? Vamos, estoy mas contento que si me hubiera caido la lotería!..

CLA. Y tu capitan?...

ANT. Casualmente parece que era amigo de los que yo habia pedido limosna, y ya, ya, buenas cosas les ha dicho; él no se muerde la lengua para decir verdades, y si llega la ocasion, larga las andanadas sin temor á nada de este mundo.

CLA. Y ellos, qué han dicho?

ANT. Qué han de decir? Allí se han quedado con tanta boca abierta. Veremos lo que mañana me dice D. Enrique; de fijo que me colocará en alguna parte, porque tiene muy buenas relaciones, y segun he visto, por los galones que lleva, ha ascendido ahora.

CLA. Dios quiera que su venida influya para cambiar nuestra suerte.

ANT. Ya lo creo. Conque, vamos, Clara, vamos, arregla esas cosas, y vamos á cenar, que tú debes tener apetito, y yo creo que con la alegría que tengo, me se ha despertado el hambre con mas fuerza.

CLA. Pobre Antonio.

ANT. Qué he de ser pobre, si tengo tu cariño!

CLA. Ea, acompáñame á la cocina, y vamos á disponer la cena.

ANT. Vamos allá. (*vanse por la primera puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

RICARDO y FELIZ *saliendo por la derecha.*

RIC. Lo que te digo es, que es necesario tener resolucion, y terminar de una vez este negocio.

FEL. Pero el estremo á que descendemos, es infame: rebajarnos por medio de un crímen!..

RIC. Tá!.. tá.. tá!.. Hijo, si con esos escrúpulos te vienes ahora, en la vida serás nada.

FEL. Eres un demonio tentador, que me has hecho cometer mil infamias, á las cuales no estaba acostumbrado. Desde que te he conocido, me he vuelto otro hombre; me has hecho penetrar en un mundo nuevo, lleno de punzantes sensaciones, de placeres incitantes, de locuras escandalosas, donde tratas de hacer que ahogue los remordimientos que hieren mi conciencia; remordimientos que solo tú has causado. Antes de conocerte, era un loco disipador, un calavera; pero mi corazon nada tenia que reprocharse; hoy, por el contrario, cuando la mirada pura y resplandeciente de Amalia se fija en mí, esperimento una turbacion desconocida; me avergüenzo de mí, y no sé sostener la fuerza de su mirada.

RIC. Perfectamente, baron; has hablado como un libro; es decir, que no recuerdas de mí mas que las acciones vituperables; asi es la humanidad! Comete el crímen, sea por intencion propia, ó por instigacion agena, y despues trata de echar las culpas sobre el amigo.

FEL. No creas que al culparte, trate de eximirme de la parte que me compete.

RIC. Entonces?..

FEL. Qué quieres? Comprendo que me dirás, nos ha exigido la situacion proceder como lo hemos hecho: pero ay! Ricardo! esa situacion nosotros mismos la hemos creado.

RIC. Mi opinion es, que en todo hemos procedido como debíamos. Vamos á ver; cuando yo te conocí, no llevabas ya destruidas dos terceras partes de tu capital?

FEL. Sí?

RIC. No te propuse diferentes medios para realzarlo?

FEL. Medios que eran indecorosos para mí.

Ric. Quita allá! Los medios siempre son buenos cuando se consigue el fin! Busqué á García, que tenia mucho dinero y muchas pretensiones, pero cuyo orígen era un inconveniente para penetrar en el círculo que él queria. Lo llevé á todas partes; le proporcioné entrada en los salones, en cambio de lo cual te prestó sendos miles de duros...

Fel. Que se han gastado hace mucho tiempo, y que no has pensado nunca en reintegrarle.

Ric. Quién se ocupa de eso? El deber es de buen tono; pagar es una cosa de mal género.

Fel. No hables así.

Ric. Baá! todavía tienes escrúpulos? Como iba diciéndote; ocupado siempre en proporcionarte un bienestar permanente; te busqué una mujer rica, y la encontré.

Fel. Sí, rica; pero sin amor hácia mí.

Ric. Nosotros necesitábamos dinero, no cariño.

Fel. Y te parece que podria yo soportar que esa mujer, que lleva mi nombre, lo escarneciese concediendo su amor á otra persona?

Ric. Y quién te ha dicho eso? Bien pronto, en cuanto he visto á ese oficial de marina, te he avisado; y esta noche, que se verán en tu casa, si encuentro algo que justifique mis sospechas, yo seré el primero en advertirte, porque no puede gustarme que el hombre á quien doy la mano de amigo, se ponga en ridículo.

Fel. Te juro que si adviertó alguna cosa...

Ric. Bien; eso á su tiempo; ahora á lo que importa; ese dinero hay que cogerlo.

Fel. Mas...

Ric. Cuando venga Tomás, entraremos en esa casa.

Fel. Entrar en esa casa!.. Proceder como...

Ric. Como ladrones, esa es la palabra; pero como ladrones que van á robar lo que es suyo.

Fel. Oh!.. nunca.

Ric. Piensa que tienes dos escrituras de depósito firmadas á García, que ya me ha dicho no quiere esperar mas; que mañana ha quedado el diamantista en llevarte la cuenta del aderezo que regalaste á la Borchesi; que tienes muchas deudas y nada para pagarlas.

Fel. Pero envilecernos así...

Ric. La cuestion es tener dinero; además, quién sabe lo que vamos á hacer? Nadie; á Tomás ya lo despacharemos; despues, tú y yo seremos solo, quienes sabremos la verdad.

Fel. Y si nos sorprendiesen?

Ric. Cá!.. Mira, (*saca unas llaves*) aquí hay unas llaves ganzuas que no hacen el ruido mas insignificante. Ya estarán acostados, y dormirán como gentes que han cenado bien. En dos minutos hemos salido del paso, y mañana somos felices.

Fel. No me atrevo.

Ric. Entonces prefieres ir á la cárcel, como reo de abuso de confianza. Tras de la cárcel esta el presidio, y...

Fel. Calla.

Ric. Ya ves que en esa alternativa...

Fel. Esto es horrible!

Ric. Aquí está Tomás. (*aparece Tomás en la esquina de la calle izquierda.*)

ESCENA III.

Dichos y Tomás.

Tom. (Allí veo dos bultos; si será D. Ricardo?)

Ric. (*con precaucion con voz contenida.*) Tomás?

Tom. Aquí estoy, señorito.

Ric. Tenemos que entrar en esa casa.

Tom. Para chorar esos cuartos?

Ric. Justo.

Tom. Bien, señorito; vamos á enseñar á esos pobres diablos que nosotros sabemos limpiar los escondites.

Ric. Vienes dispuesto?

Tom. Lo estoy siempre; aquí llevo mi buena *chaira* de Albacete, que en *avillelando* el bulto, se va derecha á él.

Ric. Creo que no tendremos necesidad.

Tom. Hombre prevenido vale por dos.

Ric. (*á Feliz.*) Vamos, chico.

Fel. (*en voz baja á Ricardo.*) Por Dios, evítame esa vergüenza.

Ric. Mañana la tendrás mayor en la cárcel.

Tom. (*á Ricardo.*) Ese chavó es novato en el oficio?

Ric. Sí.

Tom. Vamos, mosito; páa estos casos de honra, se quiee solo manos listas y ojos de lince; al avío.

Fel. (Qué humillacion!...)

Ric. (*á Feliz.*) Es necesario.

Fel. (*á Ricardo*) Pero...

Ric. Adelante. (*á Tomás dándole las llaves.*) Ahí tienes los ruiseñores.

Tom. Vengan acá; á ver? (*se aproxima á la puerta de la casa de Antonio y escucha.*) Nada se oye. Vamos allá?

Ric. Vamos.

Fel. No puedo.

Ric. Elije entre esto, ó la cárcel.

Fel. Oh!...

Tom. Vamos, novato; no se haga usted el dengoso... Adelante y güen ánimo. (*Tomás se acerca á la puerta de la casa de Antonio, introduce la llave en la cerradura y se abre la puerta, saca la navaja y se la pone en la boca.*) Adentro.

Ric. Ahí está tu fortuna. (*entra en la habitacion, empujando á Feliz.*

Tom. Qué diablos!. No se vé nada: Dónde estará el armario que dijo Roque?

Ric. Busca tú por un lado y nosotros por otro. (*van tentando por las paredes.*)

Fel. (No puedo más.)

Ric. (*deteniéndose.*) Me parece que oigo pasos por la calle. (*llamando con precaucion.*) Tomás, Tomás.

Tom. Qué quiere usted, señorito?

Ric. Parece que pasa gente por la calle.

Tom. Ya lo creo; lo que yo abillelo es, que hay luz por allá dentro, y que no se han acostado todavía estas gentes.

Roq. (*en la calle.*) No he podido venir antes; y luego con la pérdida de la maldita carta... A bien que al tio Pedro me confió su contenido, y sé de memoria lo que decia. Llamaremos á Antonio, que no es cosa de decirle delante de su mujer, que el abuelo ha muerto. (*llamando.*) Antonio?

Tom. Esa es la voz de Roque, del amigo del viejo, que ha venido de Tarragona.

Fel. Vámonos.

Ric. (*conteniéndole.*) Dónde vas? No comprendes que si saliésemos nos verian?

Fel. Qué hacemos entonces?

Tom. Vaya una pregunta: quearnos aquí; pocas agallas tiene este mozo.

Roq. Antonio!...

Ant. (*dentro.*) Allá voy.

Ric. Pronto, qué hacemos.

Tom. Aquí tropiezo con una puerta; vengan ustedes por acá, y pensaremos lo que se ha de hacer.

Ric. A la derecha.

Fel. Qué vá á ser de nosotros?

Ric. Anda. (*le empuja hácia la derecha y los tres desaparecen por la segunda puerta; Clara y Antonio con un velon en la mano aparecen por la primera.*)

ESCENA IV.

Clara, Antonio, Roque, *despues* Ricardo, Feliz *y* Tomás.

Ant. Es la voz del amigo Roque, que estaba con el abuelo en Tarragona; qué podrá ocurrírsele á estas horas?

Cla. Tal vez alguna desgracia; quién sabe si el abuelo...

Roq. (*en la calle.*) Antonio, Antonio...

Ant. Allá voy. (*dirigiéndose á la puerta de entrada y viendo que está entornada.*) Ves la puerta entornada? Sin duda con tu alegría y mi aturdimiento nos la dejamos abierta; por fortuna nosotros poco tenemos que nos roben.

Cla. Tienes razon, soy una aturdida.

Ant. Roque, Roque, entra.

Roq. (*desde la calle.*) No puede ser; voy muy deprisa; sal, tengo que hablarte.

Cla. Qué capricho!

Ant. Voy. (*sale Antonio y deja la puerta entornada; se reune con Roque y ambos se marchan por la izquierda; Clara se asoma.*)

Roq. Vente conmigo, y hablaremos de cosas muy interesantes; no quiero que las oiga tu mujer; vine ántes, y no estábais.

Ant. Sepamos que pasa; y el abuelo? (*desaparecen por el foro.*)

Cla. Qué tendrá que hablar con mi marido? Ya se han marchado...

Ric. (*y Tomás aparecen por la 2.ª puerta derecha.*) Vamos, á esta mujer primero; despues ponte tras la puerta, y al entrar el marinero...

Tom. Ya; mi chaira es buena, y le juro que no nos estorbará.

Ric. (*á Feliz.*) Embózate en la capa bien, y ayúdame á sujetarla.

Cla. Y no viene Antonio!... Oh!... (*Ricardo y Feliz se arrojan sobre ella, la tapan la boca con un pañuelo y se la llevan por la primera puerta derecha.*)

Ric. Aprieta bien. (*desaparecen.*)

Tom. Ahora aquí. (*se coloca tras de la puerta.*) Buena mano, y buen ojo; yo le aseguro á ese chavó, que le voy á endiñar una mojaá de amigo; no gastará una sola palabra... (*salen Ricardo y Feliz con unas cuerdas el primero.*) Está la moza arreglaa?

Ric. Sí, allí queda bien segura; he encontrado estas cuerdas, que podrán servirnos perfectamente.

Ant. (*dentro*) Clara, Clara.

Tom. Ea.

Ric. Voy á ayudarte. (*se coloca bien embozado, con un puñal en la mano, en el otro lado de la puerta; Feliz en la 2.ª puerta embozado tambien.*)

Ant. (*saliendo y llegando á la puerta.*) Clara, Clara, que alegría.

Tom. (*dándole un navajazo.*) Toma.

Ant. Ah!... Mísera!...

Ric. (*arrojándose sobre él, y dándole otra puñalada.*) Por si acaso.

Ant. (*dando algunos pasos, vacilando por el interior de la casa, hace esfuerzos por hablar y no puede, hasta que por fin cae al suelo dando con la cabeza contra una silla.*)

Ant. Clara!... Clara... oh!... (*cae.*)

Tom. Buena la ha llevado!

Ric. Atémosle los piés, y tapémosle la boca.

Tom. Para qué? Al caer se ha hecho otra herida en la frente, y ha perdido el sentido.

Ric. Sin embargo, atémosle los pies. No están de más las precauciones. De buena nos hemos librado! (*le atan los pies y le ponen un pañuelo en la boca.*) Ahora los parnés.

Ric. Vamos, este será el armario. Digiste que en el cajon... (*se acercan al armario y lo abren.*)

Tom. En el último de la derecha.

Ric. Este será. (*buscando.*) Pero aquí no hay nada...

Tom. Mire usted bien.

Ric. No; nada hay.

Fel. Vámonos pronto de aquí.

Tom. Silencio, *chavó*; pues no tiene poca prisa!

(*Antonio dá muestras de volver en sí; alza un poco la cabeza y se le ve herido en la frente, mirando con ojos estraviados aquella escena.*)

Ric. Oh!... tiene doble fondo el cajon, justo; sí, aquí hay una cartera.

Tom. Los parnés.

Ric. (*abriéndola precipitadamente.*) Un talon de ochenta mil duros en cuenta corriente del Banco de Barcelona...

Tom. Vamos?...

Fel. Vámonos.

Ric. Ya lo creo; nada tenemos que hacer aquí.

Fel. Nos ha costado una muerte.

Tom. Vaya una concencia estrecha que tiene el mozo.

(Van dirigiéndose hácia la puerta; Antonio no se incorpora hasta que estan de espaldas á él. Al llegar á la puerta y al ir á salir, tropiezan Ricardo y Feliz, y dejan caer los embozos, de sus capas. En el mismo momento un rayo de luna dá en sus rostros, lo cual permite que los vea Antonio, pues por un movimiento simultáneo, ambos se vuelven de lado para embozarse. Salen entornando la puerta y desaparecen por la derecha. Antonio hace esfuerzos para acercarse arrastrando hasta la ventana y mira por ella dónde entran; despues se deja caer al suelo. En aquel momento dan las doce en el reló, y sale el sereno por el fondo adelantándose por la acera de la casa de Antonio, cantando la hora. Al escucharlo Antonio, se arrastra hasta la puerta y la entreabre.)

Fel. Vamos.

Ric. (*al caer el embozo.*) Diablo! Si alguien nos hubiese visto!...

Ant. (*al verlos.*) Ellos!

Ric. Ven, Tomás; hemos hecho el gran negocio!

Ant. (*que se ha quitado el pañuelo.*) Oh!... quiero... ver... verlos... Clar... Clara!... no puedo... Dios mio... dad... me... fuerzas... Oh!... entran ahora... enfrente... No... no... nada... mas...

Sereno. Las doce y sereno!...

Ant. (*arrastrándose hácia la puerta.*) oh!... el sereno... si... á... la puerta!... él.... él me....me ayu... dará... (*cayendo junto á la puerta.*) No... puedo... señor... no... puedo!... (*cae el telon con lentitud.*)

CUADRO CUARTO.

Sala elegante en casa del Baron. Puerta al fondo que deja ver otros salones iluminados y adornados con elegancia. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA *en trage de baile, sentada en una butaea;* LUCIA *de pié á su lado.*

AMA. Están encendidas todas las luces?
LUC. Sí señora: todo está dispuesto como habeis mandado.
AMA. Está bien.
LUC. Por qué ha consentido la señora en asistir á este baile, cuando su salud es tan delicada?
AMA. Hoy me siento mejor; mi cabeza está menos debilitada.
LUC. Con el calor, las luces y el bullicio, imposible es que no os pongais peor.
AMA. No querrá Dios.
LUC. En verdad, señora, que no sé en que está pensando el señor baron?
AMA. (*con severidad.*) Lucía, ya sabes que te he prohibido que comentes las determinaciones de mi esposo.
LUC. Señora!
AMA. Retírate, y avísame cuando lleguen nuestros amigos.
LUC. Está bien.
AMA. Ha venido mi esposo?
LUC. No señora.
AMA. Puedes retirarte.
LUC. (*eontemplándola con tristeza desde la puerta primera de la izquierda.*) Pobre señora!.. Qué digna es de mejor suerte!... (*vase.*)

ESCENA II.

AMALIA, *despues* FELIZ *y* RICARDO.

AMA. Pobre Lucía!... La he reñido, y sin embargo tiene razon. Mi marido se obstina en dar aun otro baile, y de nada han servido mis sufrimientos. Mis criados me compadecen, en tanto que él no abrigà una palabra de consuelo, ni una mirada de consideracion para su infeliz esposa, que tanto sufre!.. Oh!.. Madre mia! Cuán desgraciada me hiciste!.. Hay momentos en que creo volverme loca, y me volveré, sí; no se aparta un instante de mi memoria el recuerdo de Enrique, asi como su imágen no se borra de mi corazon; y esto es una ofensa á mi esposo, este es un cariño criminal, y temo que llegue el dia en que le vea, porque no sé si tendré valor para sostener su mirada. Ese Ricardo me aterra; él es la causa de mis dolores, y tengo la conviccion de que aun no he concluido de sufrir. Dios mio!.. Prestadme fuerzas para sonreir esta noche; dadme valor para que encierre en el fondo de mi corazon este pesar que me devora!..
RIC. (*á Feliz apareciendo en la puerta del fondo donde se detienen.*) Ahí tienes á tu mujer; guarda en sitio seguro ese talon, que yo voy á ponerme el frac para presentarme en los salones. Mírala; como siempre llorando; á fé que se pondrá mas alegre su semblante, cuando vea á su amigo el marino.
FEL. Calla
RIC. Mucho ojo, y derecho al bulto cuando llegue el caso... Hasta luego.
FEL. Anda con Dios. (*vase Ricardo por el foro dereeha.*)
AMA. Qué desgraciada soy!
FEL. (*dejando la capa y el sombrero en manos de un eriado, que desapareee por el foro izquierda, y adelantándose háeia su esposa.*) Buenas noches, Amalia.
AMA. Ah, eres tú?
FEL. Cualquiera pensaria que te asustas de mi presencia.
AMA. Me tienes tan poco acostumbrada á ella!..
FEL. Ola! Tambien reproches?
AMA. Ya sabes que no acostumbro á reprochar nada de cuanto haces.
FEL. Justo; para presentarte con la aureola del martirio; á fin de que me tengan por un marido disipador y calavera.
AMA. Qué quieres que haga?
FEL. Eso no se me pregunta á mí, señora; la esposa debe saber cuáles son sus deberes, para tratar de cumplirlos.
AMA. Dios mio!.. Y eres tú quien me habla de cumplir sus deberes?
FEL. Te atreverias tal vez á censurar los mios?
AMA. (*eon una ligera ironía.*) No en verdad; tu conducta para conmigo, es la de un esposo tierno y sumiso.
FEL. Basta, señora; tengo negocios... Tengo compromisos, y hoy mismo me hallo preocupado con una pérdida que he tenido, de bastante consideracion.
AMA. (*eon ironía.*) Dónde? En el teatro del Liceo acaso?
FEL. (Lo sabe!) Qué quiere usted decir, señora?
AMA. Nada; comprendo muy bien tus negocios y te disculpo.
FEL. Yo soy quien no comprende el verdadero orígen de esa tristeza; de esas lágrimas, y de ese disgusto que en su rostro está siempre escrito. Cree usted que me sea satisfactorio el verla un dia y otro con esa espresion de dolor y de sufrimiento? Qué dirá el mundo de mí, al veros tan afligida y resignada? Esa sociedad, señora, que tan dispuesta está á juzgar mal, como á pensar bien? No indagará, no investigará con ahinco, y descubrirá que en el fondo de ese corazon, existe un amor grande, profundo, indestructible, que es un amor criminal, porque no va dirigido hácia el esposo...
AMA. Baron!....
FEL. Basta, señora; repito que yo solo tengo el derecho de pediros cuenta de esa tristeza, de tan contínuo disgusto. Yo soy quien tiene el derecho para mandar que esas lágrimas desaparezcan de vuestras mejillas; que esa tristeza se borre de vuestro rostro, porque me ofende, porque me deshonra.
AMA. (*Que se ha levantado de la butaea eonforme ha ido hablando Feliz, se aproxima á él, lo eoje de la mano, le atrae háeia sí, y con exaltaeion, que vá ereciendo durante la escena le diee:*) Bien, señor Baron: veo que no solo falta usted á la esposa, sino que insulta á la mujer! Pide usted cuenta de mis lágrimas y de mi dolor? Qué ha hecho usted para enjugar las unas y mitigar el otro? Al casarse conmigo, no ignoraba usted que mi corazon no le pertenecia, y sin embargo, habia en mí virtud suficiente para venerar y honrar el nombre del esposo que mi madre me eligiera; pero usted, que hizo? Abandonar á su esposa desde el primer momento; hacerla juguete de sus caprichos, insultar su dolor,

burlarse de sus lágrimas; destilar dia por dia, y hora por hora, una gota de amargura en su pecho, y adormecerse en medio de la embriaguez de una orgía, en los brazos de cortesanas, y prestar alas á sus amigos para que me escarnezcan, como lo ha hecho Ricardo. Y todavía se atreve usted á hablarme de deberes?.. Yo he llorado, lloro y tengo desgarrado mi corazon; pero he respetado su nombre, Me veo esposa sin esposo, mujer sin cariño, é hija sin madre, y nunca he dicho una palabra. He bebido mis lágrimas una á una, para poder verterlas de nuevo, y jamás me he quejado. Quién tiene entre los dos el derecho de dirigir reproches y de exigir cuentas?

Fel. Señora!..

Ama. Responda usted, caballero; responda usted. No hubiera hablado nunca, á no forzarme usted con sus recriminaciones. Qué hay en mi conducta de vituperable? A nadie me he quejado, y sin embargo, he visto que mi esposo llevaba del brazo á otras mujeres, que no eran la suya; que pagaba cuentas de gastos que su esposa no habia hecho; que recibia cartas perfumadas, cuya letra no era la mia; y finalmente, ese esposo que se atreve á pedirme cuentas de un llanto inofensivo, que se atreve á insultar á la que lleva su nombre, no ha vacilado en robar, (*accion de espanto en Feliz*) en robar, porque esa es la palabra, los brillantes de su esposa, para regalárselos á otra mujer. Por qué inclina usted la cabeza, si no es culpable? Yo, á pesar de mi llanto, á pesar de mi tristeza, mi dolor, la levanto muy alta, porque mi conciencia está tranquila, y solo los culpables son los que se avergüenzan.

Fel. (*con temor, mirando á todas partes.*) Amalia!... Amalia! Reflexiona que puede llegar alguno y...

Ama. (*con amarga ironía.*) Tiene usted razon! Dá un baile, y su esposa, ó mejor dicho, su maniquí, debe presentarse con la sonrisa en los labios, aun cuando lleve la muerte en el corazon. Qué diria el mundo si advirtiese mis lágrimas? Acusaria al buen esposo, al fiel guardador de sus deberes?... No, no tema usted; sonreiré, ocultaré mis penas, y las gentes que me rodeen, me creerán muy feliz; pero esas gentes no ven cuál paso los dias en mi solitario albergue, sumida en el llanto y en la desesperacion. No presencian cuando mi esposo me escarnece, sus amigos me insultan, y sus queridas me desprecian.

Fel. Basta, señora, basta; he sentido el ruido de un carruaje; pueden subir, y entonces...

Ama. (*con exaltacion creciente.*) Entonces la paciencia tambien se agota, porque el sufrimiento tiene sus límites, y no respondo de mí, el dia en que eso suceda. Tengo destrozada mi alma, y aun cuando sucumba en medio de una lucha que es superior á mis fuerzas, mi postrer gemido será para el esposo sin corazon, para el hombre sin fé, que ha causado mi desventura y robado mi felicidad.

(En este momento aparecen en el fondo Ricardo, Garcia, varios caballeros y señoras. Feliz los vé y hace un ademan de ir á Amalia, quien por medio de una transicion, que solo depende de la actriz, dice:)

Ama. Gracias, esposo mio, gracias; sois muy complaciente y amable.

Gar. (*á Ricardo.*) Cómo se quieren, eh?

Ric. Muchísimo!

Fel. (*dirigiéndose hácia los recien llegados.*) A Dios, señores; dispensadme un momento; entre tanto mi esposa hará los honores por mí; no es verdad Amalia?

Ama. Desde luego. (*saluda á los caballeros, y Amalia á las señoras, la cual desaparece con ellas por el foro derecha. Feliz entra por la puerta primera derecha. Ricardo y García quedan en escena.*)

ESCENA III.

Ricardo y García.

Ric. Vamos, García, qué tal le parece el golpe de vista que ofrecen los salones?

Gar. A mis ojos bien; pero á mi bolsillo, mal.

Ric. Hombre!

Gar. No hay hombre que valga; con lo que aquí se derrocha en una noche de baile, habria suficiente para devolverme mi dinero.

Ric. Pero venga usted acá; no comprende usted, que su rango y el qué dirán, le obligan á hacer gastos...

Gar. Que yo no hago, y eso que felizmente no tengo que pedir á nadie dinero prestado.

Ric. Ya! Pero los nobles!

Gar. Qué nobles ni que calabazas! Si toda la nobleza de España fuese como el baron, renegaria de ella.

Ric. Vamos, que en otro tiempo no opinaba usted de ese modo. Bien recuerdo cuando venia usted para que lo presentase en las casas mas principales.

Gar. Bien caros me hizo usted pagar semejantes favores!

Ric. No negará usted, que eso le hizo dar importancia, y que tambien le ha servido para sus ulteriores especulaciones. Y sino, recuerde cuán buenos negocios hizo.

Gar. Sí, como los de usted.

Ric. Ya cobrará!

Gar. Por supuesto que estoy dispuesto á hacerlo. (Y no sabes lo pronto que vá á ser.)

Ric. Veo con dolor, que no sois tan generoso ni tan desinteresado como en otros tiempos.

Gar. Entonces no tenia mas obligaciones que la de mi esposa; pero hoy, ya es otra cosa. Soy padre, amigo mio, y este deber me obliga á ser afanoso, y á conservarle un capital al cual tiene derecho.

Ric. (*con ironía.*) Y luego, preocupado ya en darle estado...

Gar. No lo diga usted por burla; aun cuando mi hijo no tiene mas que seis meses, eso no quita para que vaya pensando en su porvenir, y en la carrera que debo darle. Además, ya hace tiempo que os dí el dinero, y no os pido sino lo mio.

Ric. Repito que se os pagará.

Gar. Eso me venis diciendo hace dos años, y sin embargo no veo un céntimo. A pesar de tanta penuria no falta para bailes y francachelas, y para sostener esas odaliscas que tanto cuestan. A lo mejor se me viene con un mensaje y se me dice: García, estamos en un compromiso, sáquenos usted de él; dentro de ocho dias pagaremos. Y García, tonto de nativitate, suelta sus buenos ochentines, sin que vuelvan á acordarse de devolvérselos. Esto ya pasa de castaño oscuro, y tan crítica situacion ha de terminar.

Ric. Me parece que en esa descripcion, ha omitido usted algun detalle.

Gar. Cuál?

Ric. Que al pedirle dinero, usted se nos escusaba, con lo cual escitaba nuestro deseo, y nos obligaba á firmarle unas escrituras, en las cuales exigia un interés de un ochenta por ciento.

Gar. Yo no les buscaba á ustedes; además, de un

modo ú de otro, necesitaba asegurar mi capital.

Ric. Pero cuando hay deseos de pagar...

Gar. Como si con los deseos comiese yo.

Ric. Vamos, vamos, García, veo que habeis cambiado completamente.

Gar. Ustedes tienen la culpa.

Ric. En fin, mañana lo arreglaremos todo.

Gar. (No seré yo quien aguarde á mañana.)

Ric. Viene usted hácia el salon?

Gar. No tengo ganas de cumplidos; aquí permaneceré un rato, y luego me marcharé.

Ric. Como usted guste. (Parece que los ingleses principian á impacientarse; estos usureros en no habiendo dinero!..) (*vase por el foro derecha.*)

ESCENA IV.

Caballeros que pasan de derecha á izquierda; García *y despues* Amalia.

Gar. Habrase visto bribon!.. Harto tiempo he sido juguete de sus engaños; mas yo le juro, que ahora... (*viendo pasar algunos caballeros por el fondo.*) Para esos es la fiesta; mañana irán pregonando por todas partes, la magnificencia que despliega el Baron de la Estrella, y en los periódicos se verán artículos laudatorios sobre tan elegantes reuniones.

Ama. (*saliendo por el foro derecha.*) Cómo aquí tan retirado, señor de García?

Gar. (*con sequedad.*) No me agradan las reuniones, señora.

Ama. Siento que pase usted tan malos ratos en mi casa.

Gar. Diré á usted, señora; cuando se ven diversiones que otros pagan, no me parece que pueda ser plato de gusto para aquel con cuyo dinero se hacen.

Ama. (*sorprendida.*) Caballero, qué quiere usted decir?

Gar. Eso es; véngase usted haciendo la desentendida.

Ama. Qué dice este hombre?

Gar. No sé como tienen ustedes valor para siquiera hablarme, tanto usted como su esposo.

Ama. Caballero, no me dirá usted...

Gar. Qué quiere que le diga, cuando demasiado lo sabe ya? Ustedes están jugando conmigo un dia y otro, sin imaginarse siquiera, el que yo tengo otras cosas en que emplear mi dinero. De ese modo bien pueden vestirse lujosos trajes, ostentar magníficos carruajes, y llevar grandes aderezos de brillantes.

Ama. Lo que á mí me estraña es, que haya una persona de tan poca educacion, que se atreva á faltar de ese modo á una señora. Qué es lo que pretende usted decir con sus palabras?

Gar. Demasiado lo sabe usted.

Ama. Nada sé, caballero; solo sé que me está usted faltando, y quien obra así con una señora, no es ni puede ser caballero.

Gar. Quien no es caballero es su marido de usted, que se atreve á dar reuniones y banquetes, y no me paga lo que me debe.

Ama. Que mi esposo le debe á usted, Dios mio! Esta humillacion mas!.. (*se sienta en el sofá para no caerse.*)

Gar. (Parece que le ha hecho efecto.) Señora:..

Ama. (*deteniéndole.*) No, no es nada, gracias.

Gar. Yo siento...

Ama. Usted está en su derecho; usted pide lo que es suyo; yo nada sabia.

Gar. Creí... usted dispense, si...

Ama. Cuánto le debe mi esposo?

Gar. No... nada... no es cosa que ahora...

Ama. Cuánto le debe? Repito á usted, quiero saberlo.

Gar. Veinte mil duros.

Ama. (Veinte mil!..) Está bien, caballero; mañana tendrá usted una letra contra mi madre, y quedará satisfecha su deuda.

Gar. Es que...

Ama. Mande usted á su dependiente, y que pregunte por mí.

Gar. Es el caso...

Ama. Dispense usted, necesito estar sola.

Gar. (*saludándola y dirigiéndose al foro.*) No quiere que la diga... y el caso es, que ya no puedo evitarlo. En fin, asi estará mas seguro. (*vase foro derecha.*)

ESCENA V.

Amalia; *despues foro izquierda* Enrique *y* Feliz.

Ama. Esto mas?... Dios mio!... Otra nueva humillacion!... Mi pobre cabeza desfallece, y siento una opresion en el pecho!... Creí soportar esta noche de dolores, y á cada momento temo que mis fuerzas me abandonen. La entrevista con el baron, y la escena que acaba de pasar, me han anonadado. Mañana escribiré á mi madre, y sabrá cuál es mi desgracia.

Fel. (*á Enrique, con el cual aparece en el foro.*) Bien, querido Enrique, veo que tienes palabra; permite que te presente á mi esposa.

Enr. Tendré sumo gusto en conocerla.

Fel. (*adelantándose hácia Amalia.*) Amalia, amiga mia, tengo la satisfaccion de presentarte á mi amigo Enrique Orantes, antiguo camarada de colegio.

Ama. (*Que ha reconocido á Enrique, presa de una violenta agitacion, se levanta, le mira, y llevándose una mano al pecho, se sostiene con la otra en el canapé para no caerse.*) Cielos!... El!...

Enr. (*retrocediendo.*) (Ella!...)

Fel. (*contemplándolos.*) (No me habia equivocado!) (*Ricardo aparece en el fondo por detrás de Feliz, y le habla sin que Enrique lo vea.*)

Ric. (Has observado?...) (*á Feliz, todo con la mayor rapidez.*)

Fel. (Silencio.)

Ric. (Déjalos solos un momento, para que tengamos ocasion de observar.)

Fel. (Se aman!)

Ric. (Por eso debes tomar venganza.)

Fel. (*á Enrique con ironía.*) Cómo tanta timidez, señor marino? Pareces una estátua!

Enr. Dispensa, amigo mio; es un doloroso recuerdo el que ha escitado en mi memoria el semblante de tu esposa.

Fel. Algun amor de esos que sentís los hombres de mar, segun dicen los novelistas?

Enr. El corazon, para amar, creo que sea igual en todas las personas.

Fel. Qué opinas tú de eso, esposa mia?

Ama. Que tiene razon este caballero... (Dios mio, que suplicio!)

Fel. Puedes estar satisfecho; mi esposa te dá la razon.

Enr. Y yo aprecio en lo que vale el honor que me dispensa esta señora.

Fel. Oh!... la baronesa es muy amable! Ya te buscaremos una mujer, que se le parezca; entonces bien puedes abandonar tu peligrosa carrera, para

dedicarte á saborear los goces de la vida doméstica.

Enr. Es en vano; yo no me caso jamás!

Fel. Y por qué?

Enr. Porque el corazon no ama mas que una vez; si á este amor se le corresponde con el olvido y el desden, no queda mas recurso que ó rebajarse uno por medio de un olvido igual, ó guardar su amor dentro del pecho, y resignarse á pasar toda una existencia de dolores y sufrimientos.

Ama. (Dios mio!...)

Ric. (*á Feliz.*) (Qué tal?)

Fel. (*á Enrique*) Sabes, amigo mio, que dices las cosas con un entusiasmo, y un... Ahora me permitirás que te deje por un instante en compañía de Amalia; mis deberes de amo de casa me reclaman por allá dentro, y dentro de breves momentos soy con vosotros. (*al salir.*) (Apuremos de una vez la copa de mis celos.)

(*Feliz y Ricardo desaparecen por el foro izquierda, y en breve aparecen observando por la segunda puerta de la derecha, sin ser vistos; Amalia se sienta en la butaca, y Enrique está enfrente de ella observándola.*)

ESCENA VI.

Amalia *y* Enrique.

Ama. No puedo mas!...

Enr. (*contemplándola.*) Qué tiene usted, señora?

Ama. Perdon, Enrique, perdon!

Enr. Perdon!... Y de qué?

Ama. No he sido culpable!

Enr. Culpable!... No comprendo lo que me decis, señora; tal vez me equivocais con algun otro!

Ama. Enrique, por piedad, confúndeme con tus recriminaciones, pero no me deseches de esa manera.

Enr. Repito que no entiendo lo que quereis decir.

Ama. Dios mio! Ni aun quiere oir mi defensa! Hasle tú conocer mi inocencia!

Enr. (*despues de contemplarla unos instantes.*) Hubo un tiempo, Señora, en que un marino, crédulo y jóven aun, miraba desde el puente de su fragata, durante las noches del estio, la blanca espuma que formaban las olas, cortadas por la quilla de su velera nave; y entre las huellas que dejaba tras sí, veia una forma flotante é indecisa, de un ser que le sonreia, que parecia decirle dulcemente, yo soy tu estrella, soy tu faro; ven á mí, que soy tu esperanza!...

Ama. (Dios mio!)

Enr. Otras veces, el huracan mugia, haciendo crugir los mástiles; montes de agua se remontaban á las nubes, ó el abismo sin fondo se abria ante ella, para sumergirla en su seno. El rayo abrasaba las jarcias, el relámpago iluminaba aquel cuadro, y á su azulado fulgor contemplaba aquel ser, que me decia:!... sufre, trabaja, espera; y yo sufria un dia y otro, sin quejarme, y veia pasar mi esperanza, sin que tan dulce ilusion se realizase. Recuerda usted, señora, la primera vez que se confundieron nuestras miradas, y que latieron nuestros corazones? Mas para qué recordar lo que habreis olvidado ya? La mujer olvida, cuando el hombre principia á recordar!

Ama. No hables así, Enrique, que me haces mal!

Enr. El ser que en medio de mis ensueños habia visto; la pura imágen que se destacaba en las plácidas noches de los trópicos, crei verla realizada en usted. La hablé como un niño; usted me escuchó como mujer; la juré un amor eterno, y usted trazó el suyo sobre la arena; momentos despues de haberlo trazado, el viento borraba sus caractéres.

Ama. Enrique, eso no es verdad!

Enr. Concentré en usted mi cariño... mi felicidad, mi todo. Volví á la mar, y allí, sobre el furioso Océano, qué de ilusiones, qué de quimeras se forjaba mi imaginacion! Eran castillos que edificaba sobre la espuma, que el mas ligero viento los hizo desaparecer. Soñaba glorias y desperté con desvíos; aguardaba ventura y encontré dolores; confiaba en el cariño, y encuentro el desengaño. Ahora bien, señora, ya que no puedo borrar de mi alma ese amor que en otro tiempo formó mi dicha, y hoy es mi martirio, no me hable usted de recuerdos: déjeme que pase por su lado sin conocerla. (*dá un paso hácia el foro para salir.*)

Ama. (*deteniéndolo.*) Enrique, Amalia no te ha engañado; su corazon es tuyo! Tu me creerás, porque necesito que me creas. Mira la palidez de mis mejillas; mira mi belleza marchita, mira mis párpados enrojecidos por el llanto, y ellos te dirán, que quien tanto sufre, no puede haberse olvidado del juramento que te prestó un dia.

Enr. Mas....

Ama. Mi madre fué quien hizo esta boda; inútiles fueron mis ruegos; inútiles mis negativas; creia labrar mi felicidad y solo consiguió mi desesperacion. Olvidarme de tí! Si vieses cuánto sufro, Enrique! El hombre que mi madre me dió por esposo no obtuvo mi cariño, ni nunca hizo méritos para conseguirlo. Me he visto sola, abandonada y escarnecida en estas habitaciones, y mis ojos lloraban, el corazon te veia, y mis labios solo acertaban á pronunciar tu nombre; bien sé que este nombre y aquel suspiro eran un crímen. Sintiéndome desfallecer, era conducida á los bailes y á los saraos, y mi sonrisa era un gemido que se escapaba del corazon; mi alegría la desesperacion de un alma destrozada por el dolor, y mi acento un grito de agonía. A cada instante creia verte aparecer ante mi vista, severo, acusador, pidiéndome cuenta de mi juramento, dirigiéndome reproches, y maldiciendo mi amor. Y yo deseaba verte, porque mi salud se debilitaba por momentos, y antes de morir queria darte cuenta de mis sufrimientos, y poderte decir: Enrique, mi corazon es tuyo.

Enr. Bendita seas! (*cae á sus piés.*)

(Aparecen en el foro izquierda Ricardo y varios caballeros; García en la derecha; y Feliz, que se ha adelantado hácia el proscenio, sin que ambos le vean.).

ESCENA VII.

Dichos, Feliz, Ricardo, García *y convidados.*

Fel. (*á Amalia.*) Bien, señora, os espresais con un calor y una exaltacion que hace poco honor al nombre que os he dado, y que debeis respetar.

Ama. (*con exaltacion que vá creciendo hasta el final.*) Ignoro lo que usted quiere decir?

Fel. (*con seguridad.*) Dejemos ese asunto para luego, que ahora, con quien me debo entender, es con este caballero.

Ric. (*á Garcia y caballeros.*) Qué tal el marino?

Enr. Estoy dispuesto á darle cuantas satisfacciones me pida.

Fel. Mi honra....

Enr. (*Interrumpiéndole.*) Creo, caballero, que esta conversacion no debemos continuarla aquí.

(*Vá á salir, cogiendo á Feliz del brazo, cuando Amalia se lanza entre ellos y los atrae de nuevo al proscenio.*)

AMA. Dónde van ustedes? Hablásteis en voz baja, y oh! ya lo comprendo, se trata de un duelo; no puede ser, no será!

FEL. Silencio, señora!

AMA. Yo sola soy la culpable, yo que le amo con todo corazon!

FEL. Esa palabra ha sido su sentencia!

AMA. (*cada vez con mayor delirio.*) Sí, le amo; matadme, y de ese modo terminareis mi amor!

FEL. (*levantando el brazo en actitud amenazadora.*) Silencio?

ENR. (*cogiéndole de un brazo.*) Quien amenaza á una mujer es un cobarde!...

RIC. (*adelantándose hácia el proscenio, cerrando el fondo las damas y caballeros que observan con curiosidad aquella escena.*) Qué sucede, señores?....

AMA. Oh!... su ángel malo! (*reparando en la gente que hay en el fondo.*) (Dios mio!... todos aquí!)

FEL. (*á Enrique.*) Me dará satisfaccion de este nuevo ultraje.

AMA. No, Enrique, no te batirás!...

RIC. Baronesa!...

AMA. (*con extravío.*) Es que yo no quiero que muera.

FEL. (*á Enrique.*) Salgamos de aquí, caballero.

AMA. (*cogiéndole á su esposo de un brazo.*) No, tú no saldrás de aquí.

FEL. (*rechazándola con dureza.*) Déjeme usted, señora.

(Cae Amalia de rodillas; Feliz y Enrique dan algunos pasos para salir, cuando en la puerta del foro aparece Antonio, pálido, ensangrentado, que se detiene un momento; mira á todos los semblantes, hasta que reconoce al Baron. Entonces se adelanta hácia él y lo coge con violencia por el frac; Ricardo y el Baron quedan aterrados; Amalia presa de mil encontradas emociones, vá estraviándose su razon cada vez más; sus miradas y sus movimientos van siendo mas febriles; poco á poco va levantándose del suelo.)

ENR. Antonio!...

RIC. El...

ANT. Ladron!... Dame mi tesoro!...

AMA. Oh!...

GAR. Qué es esto?

RIC. Qué habla ese hombre?

ANT. Silencio, miserable! (*dirigiéndose á los caballeros que murmuran.*) No murmuren ustedes, voto á mil bombas! Vengo aquí, porque ese hombre me ha robado, y ha tratado de asesinarme. Usted, que usurpa el nombre de caballero, porque no merece llevarle, ha penetrado en la casa del pobre para quitarle su pan. Miserable! y todavía se atreverá usted á insultar al pobre! Hay mas honradez bajo la chaqueta de un artesano, que bajo ese traje tan fino y tan lujoso.

AMA. (*con estravío.*) Sí, sí... Robar!...

ANT. (*á Feliz.*) No ha oido usted que vengo por mi dinero? Dónde está?

RIC. Ese hombre está loco!

ANT. (*dando un paso amenazador hácia Ricardo.*) Infame!... Si no mirase!... Pero no... los obreros pobres, pero honrados, ni roban ni asesinan.

ENR. Antonio!....

ANT. Mi capitan!... Usted en esta casa? Salga usted de aquí; bajo este techo, no puede habitar ninguna persona honrada!

AMA. Batirse!... cruzar las espadas!... no... já... já... (*Riéndose muy bajo pero con locura. Sus carcajadas van háciéndose mas sonoras poco á poco.*)

GAR. (Se esplica el mozo! Ahora falto yo.)

ENR. Pero qué estas diciendo?

ANT. Que estos hombres han entrado en mi casa; que me han querido asesinar para robarme el pan de mi esposa, el único patrimonio que tenia, y cuya existencia ignoraba hasta hace poco tiempo. Me creyeron muerto, á causa del golpe que recibí en la cabeza al caer; mas con el auxilio del sereno, he conseguido ligarme las heridas, y venir aquí para escupirles en el rostro, y decirles: Miserables, dadme mi dinero; lo ois? Quiero que me deis lo que me habeis robado.

AMA. Robar!... já... já... já... já...

UN CRIADO. (*apareciendo en la puerta asustado.*) Señor, señor, la justicia!

TODOS. Oh!...

GAR. (Ese soy yo!...)

UN INSPECTOR. (*apareciendo en el foro.*) El Sr. baron de Ballal.

ANT. Este es. (*señalando á Feliz.*)

INS. Tenga usted la bondad de darse á prision.

TODOS. Oh!... (*separándose los caballeros y señoras de Feliz.*)

RIC. Malo vá esto!

ANT. Lo merece, Sr. Inspector, lo merece.

INS. Vamos?...

AMA. Robo!... Asesinato!... preso!... já... já... já...! (*cae en la butaca; Enrique se acerca á ella; el baron los contempla con cólera, quiere acercarse á ella, pero Antonio le corta el paso.*)

ENR. Desgraciada!

FEL. Oh!...

ANT. Atrás, ladron!

GAR. (Hablarán de mí los periódicos?...)

RIC. (*mirándolos salir.*) (Al menos yo quedo libre.)

AMA. Já... já... Robo!... preso!... já... ja!... ja!...

CUADRO QUINTO.

Interior de la casa de Antonio; puerta á la izquierda que dá á la calle, la cual ocupa la tercera parte del Teatro. Ventana al fondo y dos puertas á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CLARA *cosiendo;* ANTONIO *mirando por la ventana.*

ANT. Pronto serán las doce, y marcharé al Juzgado á prestar otra nueva declaracion. Por vida de!... entre declaraciones y tonterías, llevamos pasado mas de un mes, y hasta ahora no me han devuelto mi talon; dicen que no le han encontrado!

CLA. Dios sabe dónde lo tendrá escondido el amigo del baron, á quien no se ha podido cojer.

ANT. Y pensar que aquella noche estaba con nosotros dentro de la casa!

CLA. No sé cómo no se os ocurrió el cojerle!

ANT. En medio de la confusion que se armó en el baile, no era posible que en todo se pudiese pensar. Ya ves tú, cuando esa pobre señora abandonó la casa, sin que la viésemos ninguno...

CLA. Y á no ser por mí, que la encontré tendida en la calle cuando salí á buscarte, no sé lo que hubiese pasado.

ANT. Y cómo sigue?

CLA. Algo mejor está; creo que ya podrá levantarse.

ANT. De buena se ha escapado! Los primeros dias me hizo temer por su locura.

Cla. Como que estaba furiosa! Quien me daba lástima era D. Enrique. Con cuánta generosidad se ha portado!

Ant. Como buen marino; eso sí; tiene mi capitan un corazon....

Cla. Muy noble y muy franco. Mañana le han dado palabra, segun ha dicho, de que te colocarán.

Ant. Dios lo quiera; porque aunque el dinero que gastamos es suyo, no me gusta comer de un dinero que no gano legítimamente.

Cla. Yo tambien, cuando la señora se levante, iré á entregar estas camisas, pues en la tienda me dijeron que las esperaban para hoy sin falta, y no quiero que por ser la primera vez que trabajo para ellos, digan que no cumplo mi palabra.

Ant. Pobre Clara mia! Voto al diablo; bien has trabajado.

Cla. He pasado algunos dias atareada; pero qué le hemos de hacer? Hagamos con los demás, lo que queremos que hagan con nosotros. Te aseguro que tanto como detesto á ese baron que quiso asesinarnos, quiero á su esposa, que es bien distinta de él.

Ant. Toma, si no fuese así, á buen seguro que mi capitan no la quisiera.

Cla. Quién habia de decir que fuese la misma que se desposó el dia en que nos desposamos?

Ant. Y quién nos diria que á dos pasos de nosotros viviese el bribon del sobrino de la señora marquesa? (*suenan las doce en el reloj de una torre.*) Caramba! Las doce ya; vamos, me voy al Juzgado á ver si quiere Dios que de una vez terminemos este asunto.

Cla. Pero hombre, no seas tonto; pide lo prision de ese amigo del baron, de ese D. Ricardo, que dice la señora.

Ant. Toma! Si como con pedirla yo fuera suficiente! Si no le encuentran, qué quieres tú que hagan?

Cla. Tienes razon...

Ant. Vaya, hasta luego; Dios quiera que hoy me despachen pronto, porque te aseguro que me dá un miedo la gente de pluma!

Cla. Si á tí no te han de hacer nada, bastante te puede importar.

Ant. Sin embargo... Vaya, hasta luego.

Cla. No tardes mucho, Antonio.

Ant. Oh, eso el señor juez lo dirá. (*vase Antonio por la puerta de la calle.*)

ESCENA II.

Clara *y* Amalia.

Cla. (*recogiendo la labor.*) Vamos, ya tengo pegados los botones. Ahora voy á ver si la señora quiere algo, y en cuatro brincos llevo estas camisas y me vuelvo otra vez á casa. (*se levanta, va á dirigirse á la primera puerta de la derecha y Amalia aparece en ella.*) Cómo, señorita, se ha levantado usted?

Ama. Sí, amiga mia; me encontraba con fuerzas y me he vestido mas temprano que de ordinario.

Cla. Ahora iba yo á ver si se os ofrecia alguna cosa.

Ama. Siempre tan solícita y tan cuidadosa! Cómo podré pagarla tanto como la debo?

Cla. A mí, señorita?.. Pues qué he hecho para que usted me pague?

Ama. Trata usted de escusar su buena accion, y como es de aquellas que son tan raras de practicar en el mundo, por eso se agradece más.

Cla. Raras, Señorita? Pues nosotros, los pobres, las practicamos unos con otros; hoy por tí, mañana por mí.

Ama. Qué corazones! Dios mio! Qué corazones!

Cla. Vaya, señorita; puesto que usted se encuentra levantada, voy en un momento á llegarme á la tienda para entregar esta labor. El señorito D. Enrique no tardará en llegar, y con eso no estará usted tan sola.

Ama. (Enrique!..) Es necesario que sus visitas concluyan.

Cla. (*que ha recogido la labor y se ha puesto un pañuelo en la cabeza, disponiéndose á marchar.*) Conque, señorita, hasta dentro de un instante. No esté usted triste, caramba! No sabe lo que padezco en verla así!

Ama. Hago cuanto puedo por estar alegre, y crea usted que lo estoy; se respira en esta casa un perfume de honradez y felicidad, que encanta. Vamos, no se moleste usted con su enferma.

Cla. Yo molestarme! Quiere usted callar? Vaya, hasta luego.

Ama. Hasta despues. (*vase Clara por la puerta de la calle y foro izquierda.*)

ESCENA III.

Amalia, *despues* Ricardo.

Ama. Pobres gentes! No saben lo que hacer por mí, y sin embargo, mi esposo les habia arrebatado su fortuna, su felicidad, y atentado tambien contra su vida! Mi esposo!... No sé por qué esta palabra me cuesta tanto trabajo el pronunciarla ahora, como en otro tiempo! Tengo que abandonar esta casa, á fin de evitar las visitas de Enrique. Infeliz, cuanto sufre! Dicen estas gentes que he estado loca: lo que yo no puedo comprender es, cómo no me ha muerto el dolor.

Ric. (*por el foro derecha con una barba postiza, unas gafas azules, y embozado perfectamente.*) Bueno; merced á este disfraz, he podido llegar hasta la casa donde habita Amalia. Antonio ha salido, y su mujer acabo de verla ahora mismo. Esto quiere decir que esa mujer estará sola, que es lo que yo necesito. Su madre ha muerto, y conviene que nos firme una donacion. Feliz ya está en salvo, y en mi poder tengo los pasaportes; audacia y valor; entremos. (*se aproxima á la puerta de la casa de Antonio y llama á ella.*)

Ama. (*sorprendida.*) Quién puede llamar? Si será Enrique?.. Oh! no debo recibirle. (*vuelve á llamar Ricardo.*) Han llamado otra vez.! Veamos quién es (*abre la puerta y queda sorprendida al ver á Ricardo á quien no reconoce hasta que lo indique el diálogo.*)

ESCENA IV.

Amalia, Ricardo.

Ric. Está Antonio en casa?

Ama. No señor.

Ric. Entonces le esperaré; tengo que hablarle. (*entra en la casa.*)

Ama. (*mirando con recelo.*) (Esta voz....) (*va á sentarse lo mas lejos posible de Ricardo.*)

Ric. (*dirigiéndose á ella, con acento irónico al principio, pero amenazador despues.*) Cómo se encuentra la señora baronesa?

Ama. (Es él!) (*con terror.*)

Ric. Hola! parece que me habeis reconocido? Tanto mejor; eso me ahorra el trabajo de tener que es-

plicároslo; ya supondreis que al venir aquí, no han de ser con buen fin mis intenciones; no es cierto?

AMA. Qué busca usted en esta casa?

RIC. Me parece bastante escusada la pregunta; vengo en su busca.

AMA. Para qué?

RIC. Voy á esplicárselo en pocas palabras, y no dudo de que obtendré su asentimiento para lo que deseo.

AMA. Si cuenta con mi aprobacion, se equivoca.

RIC. No seré yo quien pierda en el asunto; sereis vos.

AMA. Yo?

RIC. Me esplicaré. El baron, su tierno esposo, se ha fugado de la cárcel, y está oculto en su casa, que es el sitio mas seguro, pues la justicia no podrá imaginarse que esté allí; tiene un pasaporte para el extranjero, que yo le he proporcionado; y como buen esposo, desea que su esposa le acompañe.

AMA. (Dios mio! Qué pretende este hombre de mí!)

RIC. Comprendeis, señora?

AMA. Y si no consiento en volver á mi casa?

RIC. En ese caso, comprendo que el dolor que sufriria Feliz con su negativa, seria tan intenso, que trataria de vengarlo, y de la noche á la mañana D. Enrique Orantes desapareceria del número de los vivientes.

AMA. Qué dice usted?

RIC. (*con acento amenazador.*) Lo que usted oye; estoy decidido á todo. Feliz quiere que usted le acompañe, y ha de acompañarle.

AMA. Mas...

RIC. La vida de ese marino me responde de su obediencia.

AMA. Es usted un miserable!

RIC. No lo niego; por lo mismo, supuesto que ya sabe con quién trata, es necesario que obedezca, pero pronto. Me canso de esperar, y ya puede usted disponerse para pasar á su casa.

AMA. (Qué hacer, Dios mio! Morir Enrique!.. No, antes sacrificaré mi vida.) Está bien, caballero, seguiré á mi esposo.

(Se levanta de su asiento y se dispone á entrar por la segunda puerta de la derecha, cuando aparece por el fondo izquierda Enrique, que se adelanta hácia la casa de Antonio, y llama á la puerta. Al escucharlo, Amalia hace un movimiento de alegría para dirigirse á ella, mas Ricardo saca un puñal y amenazándola, la obliga á detenerse.)

AMA. Oh!

RIC. (*amenazándola.*) Silencio, señora! (*Ricardo se acerca á la puerta, y mira por la cerradura.*)

RIC. El marino!

AMA. Enrique!

RIC. Silencio! Si le dice usted una palabra, si por el menor indicio me vende, ay! de él.

AMA. Cielos!

RIC. Desde allí estaré escuchando; despáchele usted en seguida, que tenemos que marcharnos pronto. (*vuelven á llamar.*) Abra usted, que se impacienta; pero cuidado con lo que le dice. Desde allí lo observo todo. (*vase primera puerta derecha.*)

AMA. Vírgen santa, prestadme valor! (*se dirige á la puerta, la abre y Enrique penetra en la casa.*)

ESCENA V.

AMALIA, RICARDO y ENRIQUE.

ENR. Es usted, señora?

AMA. Estaba sola, y...

ENR. Se encuentra usted mejor?

AMA. Sí.

(En toda esta escena debe notarse la angustia y la inquietud que sufre Amalia, cuya vista azorada se dirige de cuando en cuando hácia la habitacion donde está oculto Ricardo.)

ENR. No puede usted imaginarse la alegría que esperimento al verla mejor, ni tampoco cuanto celebro de que podamos tener una entrevista sin testigos.

AMA. Tambien yo deseaba tener un momento á solas para hablar con usted.

ENR. Conmigo?...

AMA. (No tengo valor.) Sí, mi situacion lo exige. (*Enrique está colocado de modo que queda de espaldas á la puerta donde se ocultó Ricardo.*)

ENR. Qué quiere usted decir, Amalia?

AMA. Queria hablarle de mi agradecimiento por cuanto habeis hecho durante mi enfermedad... (*Ricardo entreabre la puerta y hace un movimiento significativo á Amalia, que al verlo, se detiene aterrada.*) Ah!

ENR. Qué es eso? Qué tiene usted?

AMA. Nada... nada... Estas entrevistas deben terminarse. El mundo, si llega á comprender algun dia que usted ha estado en esta casa, en la cual yo he habitado...

ENR. Amalia, qué quiere usted decir?

AMA. Dios únicamente vé la pureza de nuestras relaciones; los hombres no la creerán jamás!

ENR. Mas por qué?...

AMA. Apenas puedo articular palabra; por lo tanto debemos evitar...

ENR. (*haciendo un esfuerzo.*) (Me prohibe que la vea!...) Lo comprendo, Amalia; y en prueba de que me anticipaba á sus deseos, es que venia á despedirme de usted.

AMA. (A despedirse!)

RIC. (Esta escena se prolonga demasiado, y si viene el otro...) (*hace un nuevo movimiento hácia Amalia, quien al verlo, hace un esfuerzo supremo y continua diciendo.*)

AMA. Vuelve usted al servicio?

ENR. Qué quieré usted que haga en Barcelona? Aquí se encerraba toda mi dicha, toda mi ventura, la cual veo desaparece; para qué he de permanecer aquí? Podria algun dia comprometerla con mi presencia, y deseo evitar este caso.

AMA. (No tengo valor para verle partir!)

ENR. Usted vivirá mas tranquila, asi como ha vivido durante tantos meses.

AMA. Enrique!... (*con acento de reconvencion.*)

ENR. Perdone usted, señora; estoy loco, y no estrañe por tanto, que pronuncie mi boca algunas frases inconvenientes.

AMA. (Partir para siempre!)

RIC. (El tiempo urge y es preciso acabar.) (*hace otra señal á Amalia.*)

AMA. (Ese hombre!..) Suplico á usted dejemos una conversacion tan penosa para el uno como para el otro. Sufro mucho, Enrique!

ENR. Me olvidaba de su estado!.. Amalia, perdone usted si mis palabras...

AMA. Que yo le perdone?

ENR. Debo alejarme para siempre de esta casa, y confieso que no tengo valor para hacerlo.

AMA. Hagamos el último esfuerzo. Cuanto mayor sea nuestro sacrificio, tanto mas meritorio aparecerá á los ojos de Dios.

ENR. Amalia, es usted un ángel!

AMA. Solo soy una pobre mujer, que sufre, y pide al cielo le preste fuerzas para poder soportar sus dolores.

ENR. A Dios, Amalia, seamos dignos el uno del otro;

y si algun dia llega á su noticia, que en medio del Océano se ha abierto su movible superficie, para depositar el cadáver del pobre marino, derrame usted una lágrima por su memoria, y ella refrescará la ardiente y amarga sima que contiene su tumba.

AMA. Enrique!...

ENR. Amalia!...

AMA. (*haciendo un esfuerzo.*) Váyase usted.

ENR. (*idem.*) Tiene usted razon. A Dios. (*hace un esfuerzo, y presa de un dolor violento desaparece por la puerta de la calle; Amalia cae de rodillas; Ricardo sale de la habitacion, mira por la ventana con precaucion, y vuelve hácia donde está Amalia.*)

AMA. (*de rodillas.*) Hazle feliz, Dios mio!

RIC. Pronto, señora, déjese usted de simplezas.

AMA. (Habia olvidado á este hombre!)

RIC. Su casa está á cuatro pasos de aquí, y no necesita tomar ropa; luego mandaremos por ella.

AMA. (Completemos el sacrificio!)

RIC. (Ahora veremos si venzo ó no.) (*al salir por la puerta de la calle.*) Quiere usted apoyarse en mi brazo?..

AMA. Gracias.

RIC. Como usted quiera. (*desaparecen por el foro izquierda.*)

ESCENA VI.

JUAN, ANTONIO *y despues* ENRIQUE. JUAN *y* ANTONIO *por el foro derecha, se dirigen á la casa y entran en ella.*

JUAN. No ves qué pillo es ese hombre! Lástima es que se nos haya escapado.

ANT. Lo que yo siento es, que voy á perder el talon, no obstante que en el Banco tomaron todas las medidas oportunas; sin embargo, siempre es un retardo.

JUAN. Y la pobre señora?..

ANT. Ahora la verás. (*entran en la casa.*) Clara, Clara. Habrá salido, pero, cómo ha dejado la puerta abierta? A ver? (*entra en el cuarto primero, puerta derecha y vuelve á salir en seguida.*) Diablo!.. Aquí no está la señora... (*va al otro.*) Ni en este tampoco. Qué quiere decir esto?

JUAN. Habrá salido con tu mujer.

ANT. No puede ser: si estaba tan débil que no podia dar un paso! Cuando me marché la he dejado en la cama.

ENR. (*saliendo precipitadamente foro izquierda y llegando á la casa.*) Ah!.. Estás aquí, Antonio? Y Amalia?

ANT. Eso mismo pregunto yo; acabo de llegar y me sorprende no verla.

ENR. Yo la he dejado aquí ahora mismo!

ANT. De veras, mi capitan?

ENR. Sí; apenas dí unos cuantos pasos, cuando me encontré á García, el Banquero que puso preso al Baron, y por él he sabido, que se ha fugado de la cárcel; entonces, previendo alguna desgracia, he venido á preveniros, creyendo que Amalia aun estaria aquí.

ANT. Tambien me han contado su fuga, y no sé lo que pensar cuando no encuentro en casa á la señora.

ENR. Podrian tal vez?...

ANT. De esos hombres lo temo todo!

ENR. Crees que nos la han arrebatado?

ANT. Quién sabe!

ENR. Es necesario encontrarla á todo trance.

ANT. Sí, la buscaremos, mi capitan.

JUAN. Cuenten ustedes conmigo, aun cuando se vaya al diablo mi almacen.

ENR. Es preciso ver si encontramos un indicio, la mas pequeña huella...

ANT. Deje usted, que ya la encontraremos; ay del baron y su amigo si caen en mis manos!

ENR. Iluminadnos, Dios mio!

CUADRO SESTO.

Sala en casa del Baron; puerta al foro, un balcon á la derecha, y puerta á la izquierda; muebles de lujo. Al levantarse el telon, Feliz está mirando con inquietud a todas partes.

ESCENA PRIMERA.

FELIZ.

FEL. Cuánto tarda Ricardo! Si Amalia no quisiera seguirle! Si le sorprendieran, todo nuestro plan caia por tierra. Esta impaciencia me mata! Tener á dos pasos nuestra salvacion y no poder lograrla! Necesitamos que venga esa mujer. Su donacion me asegura los bienes que de su madre ha heredado: solo ella me la puede hacer, y la hará, aun cuando tuviese que recurrir á la violencia. (*escuchando.*) Me parece que siento pasos; serán ellos? (*Amalia y Ricardo aparecen en la puerta del fondo.*) (Ah! ya me he salvado!)

ESCENA II.

FELIZ, RICARDO *y* AMALIA.

RIC. Vamos, Feliz, no te quejarás de mí; ahí tienes á tu esposa.

FEL. Pase usted, señora; se encuentra de nuevo al lado de su esposo, y no sé por qué se detiene en la puerta.

AMA. Caballero!..

FEL. Tenemos que hablar algunos momentos.

AMA. (*adelantándose desde el foro al proscenio, mientras Ricardo cierra aquella puerta como la de la derecha.*) Sí; su amigo me ha dicho que íbamos á partir en seguida.

FEL. Usted podrá hacer lo que guste; yo, por mi parte, partiré apenas terminemos nuestra entrevista.

AMA. Señor Baron, comprendo mis deberes, y por mas que entre nosotros no exista el cariño, jamás dejaria de cumplirlos.

RIC. Lo ves! Y todavía te quejas? Si tienes una esposa, modelo de abnegacion.

AMA. Del mismo modo que usted es un modelo de buenos amigos.

FEL. Ahorremos palabras inútiles, señora; vamos al asunto.

AMA. El señor Baron dirá lo que desea.

FEL. Como debe usted comprender, despues de la escena que ocurrió en el último baile, se ha hecho completamente imposible el que podamos vivir juntos.

AMA. (*sorprendida, dirigiéndose á Ricardo.*) Pues no me dijo usted...

RIC. Como usted conocerá, aquellas solo fueron palabras para persuadirla, y ver de atraerla al lado de su esposo.

AMA. Qué infamia! Y bien, qué quieren ustedes?

RIC. Poca cosa; tenga usted la bondad de pasar la vista por este documento, ó si no quiere molestarse, basta con que ponga la firma al pié, y nada mas.

AMA. Mi firma! Qué quiere decir esto? Que papel es ese? (*Ricardo le entrega un papel que hay sobre el velador, y Amalia le lee.*)

FEL. (*á Ricardo.*) (No la digas que ha muerto su madre.)

Ric. (*á Feliz.*) (No tengas cuidado.)
Fel. (*á Ricardo.*) (Crees que firmará?)
Ric. (*á Feliz.*) (Á la fuerza!)
Ama. Qué es lo que he leido! Una donacion de los bienes que puedan pertenecerme por fallecimiento de mi madre!
Ric. Justo; como vamos á emprender un viage, y hacen falta fondos, es necesario que nos preparemos contra todo evento. Pone usted su firma al pié de este documento, y queda en libertad para hacer de su persona lo que guste; y nosotros, desde los Estados Unidos, obraremos como mejor nos plazca. Qué le parece á usted esta idea?
Ama. Infame, caballero!
Ric. Vea usted lo que son las cosas; á mí me parece sublime.
Fel. En fin, firma usted?
Ama. No señor.
Ric. Sí, hombre; no ha de firmar tu mujer? Sabe que estamos decididos á todo; su vida, y la de su... amigo el marino, que con tanta ternura la hablaba hace poco, dependen solamente de que esta firma esté mas ó menos bien puesta. Comprende usted, señora mia?
Ama. Sois un miserable! (*á Felix.*) En cuanto á usted caballero, no quiero darle la calificacion que se merece, porque me avergüenzo de llevar su nombre. Parece imposible haya usted perdido hasta tal punto la honra, que consienta que me insulten sus amigos, de la manera que lo hace ese miserable! Y todavía tenia usted valor de pedirme cuentas, y de invocar derechos, cuando de una manera tan indigna falta á sus debcres? Oh! esta accion sobrepuja á cuantas malas habcis hecho! Es necesario que un hombre sca tan bajo y corrompido, para descender á un estremo semejante!
Fel. Señora! (*con cólera.*)
Ama. No me hable usted, no me dirija la palabra, porque creo que hasta su aliento me emponzoñaría!
Ric. Todo eso está muy bien dicho; pero como nosotros lo que queremos son obras, y no palabras, he aquí que con toda la finura y urbanidad posible, suplicamos á usted se digne firmar ese papel, en la inteligencia, que de no hacerlo, nos veremos en la triste situacion de obligarla á que lo firme.
Ama. Es inútil; estoy resuelta á no firmarlo, y ya pueden inferirme cuanto mal tengan por conveniente. Pueden llegar al colmo de su infamia, asesinándome; no es la primera vez que ya lo han intentado, y asi no debe cogerlos de sorpresa la accion.
Fel. (*haciendo un ademan amenazador.*) Cuidado, señora, con apurar nuestra paciencia!
Ama. Y qué perderia con eso? Creen ustedes que la vida es para mí agradable? Usted, señor baron, que tan desgraciada me ha hecho, cree que sentiria recibir la muerte de su mano? No; pueden ustedes asesinarme; pero imaginarse que he de firmar ese documento, es una demencia.
Ric. En ese caso, tambien condena usted á Enrique.
Ama. (Oh!...)
Fel. Decídase usted pronto, señora.
Ama. Hieran ustedes, he aquí mi pecho.
Ric. El tiempo pasa, y esto es necesario que termine de una vez. (*cogiéndola de un brazo.*) Señora, firme usted, ó sino...
Ama. (*soltándose y alzando la cabeza con altivez.*) Atrás, infames!...
Fel. Ó firmas, ó muere ese hombre.
Ama. (*despues de un momento de vacilacion.*) Pues bien, que muera; no firmo.
Ric. A firmar. (*amenazándola y arrastrándola hácia el velador.*)
Ama. Dios mio! Protejedme!
Ric. Sí, sí; llame usted en su auxilio, y veremos quién la presta socorro.

Al pronunciar Ricardo estas palabras, las puertas del balcon se abren con violencia y Enrique aparece en él. Aterrado Feliz, vá á dirigirse á la puerta del fondo y por ella aparece Antonio; se dirige á la derecha donde se presenta Juan.)

ESCENA III.

Dichos, Enrique, Antonio *y* Juan; *despues el* Inspector.

Enr. Deteneos, miserables!
Ama. (*corriendo á ponerse delante de él.*) Enrique!
Ric. (Estamos perdidos!)
Fel. Oh!... (*se dirige hácia el foro.*)
Ant. Atrás, bandido!
Fel. Qué quiere decir esto?
Ric. (Huyamos!) (*se dirige á la derecha.*)
Juan. Por aquí no se pasa.
Ric. (Perdimos la partida!)
Enr. (*adelantándose.*) El hombre que amenaza á una señora, qué merece?... (*amenazando.*)
Fel. Caballero!...
Enr. Va usted á morir....
Ant. (*deteniéndole.*) Quieto, capitan; aquí viene el Inspector, y él dará buena cuenta de estos bribones.
Fel. (*aterrado.*) El Inspector!... la cárcel y la infamia! Oh!...)
Juan. Ya está aquí.
Fel. Antes la muerte! (*desaparece por la puerta de la derecha.*)
Ant. Que se escapa. (*corre hácia la puerta, y al llegar á ella se oye un tiro.*)
Ama. Ah!... (*entra el Inspector y municipal*)
Juan. (*saliendo de la habitacion.*) Ha pagad[illegible] cuantas debia.
Ric. Tonto!...
Ant. Sr. Inspector, registre usted á ese hombre.
Ins. (*á Ricardo.*) Dése usted preso.
Ric. Con mucho gusto. (Mejor es ir á presidio, que suicidarse: de presidio puede uno fugarse, y...)
Juan. (*saliendo del cuarto con unos papeles.*) Antonio aquí tienes tu tesoro.
Ama. Ya es usted feliz.
Enr. Y usted libre!
Ama. Permítame usted que cumpla los últimos deberes con mi esposo. (*se arrodilla.*)
Ant. (*á Enrique.*) Ahora ya no se embarcará usted, mi capitan?
Enr. Calla, Antonio; deja á ese angel, que cumpla su mision sobre la tierra.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representancion sea autorizada.—Madrid 3 de marzo de 1865.
El Censor de teatros: *Narciso Serra.*

PINTO: 1865.—Imp. de G Alhambra, calle de las Monjas, núm 8.